LIBRARY OF PRINCETON
JUL 18
THEOLOGICAL SEMINARY

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/revistateologica725igle

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

LIBRARY OF PRINCETON
1988
THEOLOGICAL SEMINARY

Página

Jesucristo, Señor de la Iglesia 1

El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio 8

Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1.. 19

La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia 24

Bosquejos para Sermones..... 32

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Año 7 Primer Trimestre - 1960 Número 25

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 25 Primer Trimestre - 1960 Año 7

JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

III. — LA PRESERVA

Jesucristo, el glorioso Señor de la Iglesia, el autor y consumador de nuestra fe (Heb. 12:2), el fundador, el fundamento y la piedra del ángulo de la iglesia, el que amorosamente originó la iglesia cristiana, también *preserva* a su iglesia.

Desde que Jesús terminó su poderosa obra de la redención, está sentado a la diestra de Dios Padre en los cielos, Heb. 12:2; Rom. 8:34; Heb. 10:12-14; Salm. 110.1; Efe. 1:20-23. Desde su trono en el cielo Jesús vigila sobre todos los habitantes del mundo, particularmente sobre todos los miembros de la iglesia cristiana, Salm. 33:13-15.

El Señor de la iglesia no dió la espalda a su iglesia cuando volvió a subir a su hogar en el cielo. Él, la eterna cabeza, de ningún modo permite que su cuerpo, la iglesia, perezca y muera Él, el amoroso Esposo, no puede olvidar a su Esposa, "que Él adquirió con su propia sangre", Hech. 20:28. "Cristo es cabeza de la iglesia, siendo Él Salvador de ella, que es su cuerpo", Efe. 5:23. El *Amante* de nuestra alma *preserva* a su iglesia.

Jesucristo por cierto ama a su iglesia, y la iglesia ama a su glorioso Señor. El *Cantar de Cantares de Salomón* describe este amor mutuo en hermosos y poéticos términos. La iglesia, la Amada, dándose cuenta de su indignidad, Cantar de Cantares 1:6; 5:1-8; está encantada por la seguridad del amor de Jesús. y reitera la admiración y el amor que tiene a Jesús; ella "desfallece de amor" para con Jesús, 2:5; 5:8; 1:2.4; 2:5-6.16; 6:3; 7:10; 8:3. Este amor "es tan fuerte como la muerte", 8:6.

En esta conversación de amor entre Cristo y la Iglesia en Cantar de Cantares el Señor Jesús afirma y reafirma su amor celestial para con su Esposa, la llama "hermosa y graciosa"

(aunque toda su belleza procede de *Él*), y benignamente aprecia su amor, 1:8 15; 2:2; 4:1 7 9-10. Sólo en el cielo podemos apreciar por completo y adorar adecuadamente este amor maravilloso e inmerecido de Jesús para con su Esposa, la iglesia, después que el Esposo haya llevado a su Esposa al hogar celestial, Mat. 25:1-13.

Sabrá decir que el Señor preservará cuidadosamente a su amada Esposa, Mat. 25; Apoc. 6:9; 21:9-10. Aún más, ha prometido, jurado y garantizado que las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia, Mat. 16:18; Juan 10:27-28. Jesús guarda a su iglesia como a la niña de su ojo, Deu. 32:10; Salm. 17:8; "aquel que os toca a vosotros, le toca a Él en la niña de su ojo", Zac. 2:8.

El Señor puede preservar a su iglesia en cualquiera circunstancia, pues Él es eterno, todopoderoso, omnisciente, omnipresente. En muchas ocasiones ha intervenido con su poderoso brazo para salvar a su iglesia de enemigos criminales y arrogantes. Cuando el Diluvio destruyó a todo el mundo, el Señor preservó a toda su iglesia, (Noé y su familia) en el arca. Cuando Sodoma y Gomorra fueron destruídas con fuego, los ángeles del Señor sacaron a salvo a la iglesia (Lot y su familia), de aquellas dos ciudades. Reyes poderosos fueron humillados, derrumbados y destruídos por el poder irresistible de Dios: Faraón, Sehón y Og, Saúl, Acab, Nabucodonosor, (Dan. 4), Senaquerib (Isa. 36 y 37), Belsasar (Dan. 5), Herodes. Cf. Salm. 2; Isa 8:9-10; 41:10. Tres siglos de sangrientas persecuciones no pudieron destruír a la iglesia. Al contrario, los emperadores paganos de Roma desaparecieron, se desintegró el imperio romano, y yace en ruinas el orgullo de Grecia, en tanto que la iglesia, el reino de Jesucristo, creció y se esparció por todo el mundo, y es actualmente más grande que la suma total de todos aquellos imperios.

Pero el peligro más grande que amenaza a la iglesia no es el poder militar y la fuerza bruta, ni tampoco se defiende la iglesia con armas carnales y fuerzas militares. El Señor dice: "No por esfuerzo, ni con poder, sino por mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos", Zac. 4:6b; 2ª Cor. 10:4.

La iglesia judía casi fué destruída por la desobediencia, incredulidad, idolatría, impiedad, materialismo y doctrina falsa. Tres veces Dios mismo amenazó hacer desaparecer a toda la nación judía (Éxo. 32:7-10; Núm. 16:21 y sig. 45 y sig.) a

causa de su incorregible obstinación, y hacer de Moisés una nueva nación. Sólo la intercesión de Moisés (figura de Jesús) salvó a los israelitas. Debido a su constante recaída en la idolatría y vicios paganos el Señor mismo los desterró (a Judá) por setenta años a la Cautividad Babilónica e hizo que Israel fuera destruído permanentemente por los asirios. En el año 70 d. de Jesucristo, Jerusalén y el Templo fueron destruídos por completo por los romanos a causa del odio y rechazamiento obstinado y final de los judíos para con Jesús, el Mesías. Pero la iglesia no fué destruída con la ciudad malvada. Al contrario, los cristianos, prevenidos por el Señor Jesús, huyeron de la ciudad y fueron preservados.

Durante las sangrientas persecuciones los cristianos escondieron las preciosas Sagradas Escrituras y así las preservaron para los siglos sucesivos, y muchas hasta la actualidad.

El Señor Jesús ha preservado y seguirá preservando a su Iglesia mediante su Palabra, la Palabra de la Verdad. Hizo que muchos cristianos hicieran un número de copias sorprendentemente exactas de las Escrituras, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, y también muy buenas traducciones. A pesar de lo difícil que era copiar estas porciones de las Escrituras, fueron tan esmeradamente exactas que los errores que son inevitables al escribirse algo a mano no afectaron en modo alguno a una sola doctrina. La Biblia es el milagro de los siglos. Con el mayor cuidado los cristianos colectaron los escritos sagrados, y también con el mayor cuidado desacreditaron y rechazaron escritos espurios y falsos. De este modo el Señor de la iglesia se encargó de que su Palabra infalible, escrita por los profetas y los apóstoles por la inspiración directa del Espíritu Santo, fuera preservada hasta el fin de los siglos, y asimismo la iglesia por medio de esta verdad salvadora. Ya se encuentran impresas como mil cien traducciones de la Biblia y porciones de ella.

Las doctrinas falsas eran el peligro más grande que amenazaba a la iglesia. Repetidas veces fanáticos furiosos trataron de hacer peligrar a la fe cristiana. Los judaizantes trataron de reemplazar al Evangelio salvador con la ley y las obras humanas, pero los apóstoles lucharon tenazmente contra estas intrigas mortíferas. Más tarde otros herejes peligrosos, particularmente Arrio, atacaron furiosamente la deidad de Cristo y la Santa Trinidad. A fin de combatir estos terribles errores, la iglesia adoptó,

además del Credo Apostólico, el Credo Niceno para recalcar y confesar especialmente la deidad de Cristo y la inspiración de la Biblia, y el Credo de Atanasio para reafirmar la doctrina bíblica acerca de la Santa Trinidad. Atanasio, el joven obispo, fué el que sirvió de guía a esta clara confesión.

Así la historia eclesiástica muestra concluyentemente que los falsos profetas son por cierto lobos rapaces, prestos a destruír las ovejas de Cristo, como advirtieron tanto Jesús como los apóstoles, Mat. 7:15; Hech. 20:29-30; Judas; Apoc. 2:18 y sig.

Después de las persecuciones la iglesia fué gravemente atormentada por dificultades internas, por luchas jerárquicas para conseguir poder, por la aparición del anticristo en la institución del papado. Poco a poco la Biblia fué desacreditada, prohibida y quitada a los laicos, hasta que por fin la mera lectura y posesión de la Biblia eran castigadas con una pena brutal. Esto abrió la puerta a toda clase de herejías. La ignorancia espiritual se hizo universal. La salvación por las obras reemplazó a la salvación por la fe. La religión se comercializó. La salvación gratuita por medio de Cristo tenía que ser comprada del papa y de los obispos. La obediencia al papa se hizo más importante que la obediencia a Dios. Así la edad media, o la edad del obscurantismo, obscureció la luz del Evangelio. Pero a pesar de todo esto, el Señor *preservó* a su iglesia. Conforme a su promesa, el Señor de la iglesia envió la Reforma, devolviendo la Biblia a la iglesia, con mayor claridad que anteriormente por traducciones hechas en el idioma del pueblo, y, gracias al descubrimiento de la imprenta, todo el mundo podía leer la preciosa Palabra de Dios en su propio idioma. Además, el Señor dió a la iglesia numerosos himnos cristianos, himnarios, catecismos, libros de historias bíblicas, libros de sermones y libros cristianos de texto de diferentes variedades. Fué entonces que el Evangelio y la iglesia florecieron y gozaron de la libertad que es concedida por Dios. Esta reforma de la iglesia no se realizó por medio de la *fuerza*, sino únicamente por la Palabra de Dios, por el Espíritu de Dios.

En el siglo siguiente, 1618 a 1648, la Guerra de los Treinta Años montaba en furor en Alemania, guerra con la cual la iglesia Católica Romana quería exterminar al protestantismo. La Reforma recibió un tremendo baño de sangre. Ocurrieron

horribles matanzas. Pero aun este baño de sangre no ahogó a la iglesia. El Evangelio sobrevivió y salió victorioso, no por los poderes militares del protestantismo, sino por el poder inherente a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios sigue siendo *poder*, el poder de Dios para la salvación. Mat. 24:35; Juan 12:48b. Se escribieron seis confesiones nuevas.

Se ve, pues, que la iglesia cristiana ha sido siempre una iglesia militante, peleando mediante la verdad de la Palabra de Dios contra las mentiras de Satanás. Jesús, el Príncipe de Paz, era atacado constantemente. A eso se refirió Él cuando dijo que vino no para meter paz, sino espada. En el paraíso Adán y Eva vivían en perfecta paz hasta que el diablo perturbó esa paz con su infernal pregunta: "¿Conque ha dicho Dios?" Ése fué el comienzo de toda la miseria, todas las luchas, todo odio, todas las mentiras, todas las guerras y por fin la muerte que ocurre en este mundo. De igual modo, la furia del diablo monta en furor contra el Evangelio. Todo el Nuevo Testamento revela la lucha contra las mentiras de los judíos y los paganos. Para defender y respaldar la verdad, nuevos credos o confesiones fueron adoptados por la Iglesia Luterana y compilados en el Libro de la Concordia: 1) El Credo Apostólico. 2) El Credo Niceno. 3) El Credo de Atanasio. 4) La Confesión de Augsburgo. 5) La Apología a la Confesión de Augsburgo. 6) El Catecismo Menor de Lutero. 7) El Catecismo Mayor de Lutero. 8) Los Artículos de Esmalcada. 9) La Fórmula de la Concordia. Mediante estos credos escritos el Señor hizo mucho para clarificar, enseñar y defender la doctrina cristiana. Dondequiera que surgió algún error doctrinal, el Señor levantó hábiles campeones de la verdad, maestros insuperables que con la mayor claridad se dieron cuenta de lo que se trataba. El asunto es siempre o esto o aquello; o el Señor o Satanás, o la verdad o la mentira, o la vida o la muerte, o el cielo o el infierno. No puede haber concesiones.

Desde la Guerra de los Treinta Años el racionalismo se ha esparcido por Europa, poniendo a la ciega razón humana como juez sobre las Escrituras. Esto es un peligro mortal.

También en la actualidad la iglesia de nuestro Señor Jesucristo está amenazada por muchos peligros mortales: doctrinas falsas, seguridad falsa, saciedad espiritual, indiferentismo, unionismo, mundanalidad, materialismo, orgullo, ateísmo, paganis-

mo, vicios, pecados vergonzosos, falta de amor. Hay innumerables sectas que causan gran ofensa dividiendo a la iglesia en cientos de facciones, en tanto que otras tratan de unir a los cuerpos eclesiásticos sin tomar en cuenta en lo más mínimo la unidad en doctrina. Muchas sectas enseñan doctrinas que destruyen el alma: los Testigos de Jehová, los de la Ciencia Cristiana, los Mormones, el Anticristo, 2ª Tes. 2:1-12. Varias iglesias protestantes conservan en su seno a multitudes de "liberales" o "modernistas", que son simplemente incrédulos, predicadores y laicos que niegan al verdadero Dios, la deidad de Cristo y su expiación, la inspiración de la Biblia, y que enseñan la salvación por medio de las obras. Cierta rama de la ciencia sin el menor escrúpulo enseña la evolución, negando la creación divina, todo lo cual conduce por completo al ateísmo. El comunismo ateísta es un enemigo mortal de Cristo y de su Palabra y de su iglesia. Los placeres mundanales llevan a las multitudes a la muerte espiritual.

Toda doctrina falsa y toda concesión al error es de sumo peligro, y detestable a Dios. Por lo tanto, debemos "combatir por la fe entregada una vez a los santos", Judas 3. Dios odia toda impiedad y falsedad, Salm. 45:7; Jer. 23:21 31-32; Gál. 1:8-9.

Por lo tanto, con un celo santo debemos estudiar la Palabra de Dios. Nuestro grito de batalla debe ser: "¡Escrito está!" "¡Así dice el Señor!" Lo importante *no* es preguntar: ¿qué piensan los eruditos? ¿en qué consiste la tendencia moderna? ¿qué dice la opinión popular? ¿qué opina la mayoría? ¿qué complace a nuestra razón? ¿qué doctrinas están de acuerdo con los adelantos científicos modernos? Nunca jamás deben ser ésas nuestras preguntas, sino: ¿qué dice el Señor? La Palabra de Dios no yerra, es absoluta y eternalmente verdadera e infalible; por lo tanto, lo que ella declara decide todo asunto. Quiera Dios que nosotros, que amamos al Señor Jesucristo, la Verdad, o*diemos* el error con todo nuestro corazón y alma y lo evitemos como algo mortal e infernal, Salm. 139:21-22. Cuidémonos de toda expresión moderna que procede del escarnio del diablo: "¿Conque ha dicho Dios?"

A pesar de todo error, falsos profetas y oposición, el Señor Jesucristo preserva a su iglesia, pero lo hace por medio de su Palabra. Por lo tanto, escudriñemos las Escrituras con el mayor

fervor, Juan 5:39, como los cristianos de Berea, Hech. 17:11. Dios quiera que cada uno de nosotros sea "apto para enseñar", 1ª Tim. 3:2, "retenedor de la fiel palabra que es conforme a la enseñanza; para que también pueda exhortar con sana doctrina, y convencer a los que contradicen", Tito 1:9.

Además, debemos orar fervorosa y continuamente, pedir que Dios no aparte de nosotros el Espíritu Santo y sus dones, y nos conceda sabiduría celestial, tal como lo hicieron Salomón y Eliseo, pues sin el Espíritu Santo no podemos comprender, creer y enseñar las verdades espirituales.

También pidamos al Señor verdadera humildad cristiana, subyugando nuestra razón en obediencia a la Palabra de Dios, "derribando razonamientos y toda altivez que se alza contra el conocimiento de Dios, y cautivando todo pensamiento a la obediencia de Cristo", 2ª Cor. 10:5. Sólo la Palabra de Dios nos hace sabios para la salvación, 2ª Tim. 3:15-17. En asuntos espirituales la razón humana engendra una sabiduría falsa que es pura insensatez. "Jactándose de sabios, se volvieron necios", Rom. 1:22; 1ª Cor. 1:18-31; 1ª Cor. 2:1-16; Salm. 19:7-11; Salm. 119:9 18; Salm. 119:72 97-106 127 160. La Palabra de Dios *es sabiduría.*

Cuidaos de "tolerancias" *falsas,* fraternidad *pecaminosa,* "amor" *errático* y popularidad impertinente. Repetidas veces advirtió Jesucristo que, si permanecemos fieles y leales a Él, seremos odiados y menospreciados por el mundo, así como Él mismo fué odiado y menospreciado. Observemos su horripilante advertencia contra toda doctrina falsa, Apoc. 22:18-19.

El Señor sigue concediendo nuevos triunfos a la verdad mediante nuevas traducciones de la Biblia, descubrimientos arqueológicos, transmisiones religiosas, y mediante mayores facilidades para imprimir y divulgar el Evangelio.

Sólo el Señor de la iglesia puede preservar a la iglesia en todo tiempo y en todo momento. Por consiguiente, debemos dar gracias a Dios, confiar en Él implícitamente, dirigirnos a Él en oración con la mayor regularidad, trabajar con la mayor fidelidad y firmeza, y poner a su disposición nuestros dones voluntariamente y sin importarnos el sacrificio.

A. Meléndez

EL USO DE OBREROS LAICOS

(Continuación de la parte III)

Obispo (*epískopos*) señala otro aspecto de la obra, el de ser guardián, o superintendente. Son llamados también dispensadores de Dios (Tito 1:7). San Pablo los distingue de los diáconos (1 Tim. 3:1-8), aunque en el N. T., como queda dicho, no hay distinción aparente entre ellos y los ancianos.

Predicador (*kaeryx*) significa nada más que un enunciador del Evangelio, en cualquier capacidad, sin indicar algún oficio especial. Así se llama San Pablo a sí mismo un predicador, y Noé es denominado predicador de justicia (1 Tim. 2:7; 2 Ped. 2:5).

Dispensador o *Mayordomo* (*oìkonómos*) significa uno al cual Dios ha confiado su Palabra, para que sea cuidada y correctamente administrada. No indica otra orden especial en la Iglesia.

Diácono (*diákonos*) ha sido explicado suficientemente en otra oportunidad. Aquí solamente queremos llamar la atención a su uso en dos pasajes (Mat. 20:26; y 1 Tim. 4:6).

Con todos estos términos designa la Escritura a ciertos obreros que son el don de Dios a la Iglesia. Y vale la pena recalcar una vez más que por estos términos el N. T. no quiere establecer cierta orden, o grados de obreros, como comúnmente se entiende hoy día. Al respecto dice Lutero:

> "No nacemos de nuevo en el Bautismo como apóstoles, maestros, predicadores, pastores, sino como *sacerdotes*. Entonces la Iglesia escoge a uno de estos sacerdotes regenerados y lo llama y elige para que se haga cargo de aquellas funciones que originalmente corresponden a todos los creyentes por virtud de su oficio sacerdotal."
>
> "Pablo se llama a sí mismo *siervo*, y más de una vez dice: Sirvo al Evangelio. Esto lo hace no con el fin de establecer un estado u orden, un derecho o cierta dignidad, como se suele hacer hoy día, sino únicamente para ensalzar el oficio y la obra y conservar en la congregación el derecho y la dignidad del sacerdocio." (Citado en *Doctrina Cristiana*. p. 551).

Todas estas vocaciones eran necesarias para la Iglesia del N. T. Y nosotros bien podríamos preguntarnos, ¿qué tiene que decir esto a nosotros hoy? Creo que podemos entender la calidad del don del ministerio cristiano por medio de ellas. Ya que el ministerio encierra todas las funciones que estas palabras señalan, podemos concluir que es uno de los dones más indispensables para la Iglesia, porque de él recibe el Cuerpo su alimentación y sostén. Si no hubiese ministerio de la Palabra de Dios, no podría existir la fe, no habría perdón de pecados, y no habría crecimiento en el amor ——— porque la Palabra de Dios no sería anunciada. Creo que por eso San Pablo escribe (1 Tim. 5:17) que los que trabajan en predicar y enseñar son dignos de doblada honra; no a causa de sus personas, por cierto, sino a causa de lo esencial y fundamental de su vocación. En este sentido se puede decir que el don del ministerio es la vocación suprema en la Iglesia, como comenta Lutero:

> "Todo el que recibe el ministerio de la Palabra, recibe también todos los demás oficios que se administran en la Iglesia mediante la Palabra, esto es, el poder de bautizar. bendecir, remitir y retener pecados, orar, juzgar y decidir. El oficio de predicar el Evangelio es por cierto el mayor de todos; pues es el verdadero oficio apostólico, que sirve de fundamento a todos los demás, para que sobre él se edifiquen todos los otros, como por ejemplo, el oficio de maestros, profetas, ancianos y el de aquellas personas que tienen el don de sanar a los enfermos."
>
> "(Los obispos) son, pues, los que han de cuidar de todos los demás oficios, a fin de que los maestros se ocupen en lo que enseñan y no sean negligentes, y que los diáconos puedan manejar los dones y no sean indolentes."
>
> "A quien se le encomienda el ministerio de la palabra, se le confía el oficio supremo en la cristiandad; por consiguiente, también puede bautizar, administrar la Misa y cuidar de todos los deberes pastorales. Pero si no quiere hacer esto, puede concretarse a la predicación únicamente y dejar los demás oficios secundarios a otros, según lo hicieron Cristo y Pablo y todos los apóstoles, Hch. 6." (Citado en *Doctrina Cristiana*, pp. 554-555).

De manera que el pastor de hoy debe: 1) ganar a los incrédulos por medio del "manejar acertadamente la palabra de

verdad" (2 Tim. 2:15); 2) enseñar por medio dte la predicación pública y conversación particular la doctrina divina, alimentando así a la Iglesia; 3) exhortar y dirigir a los cristianos en el camino de la santificación y de la edificación de todos; 4) guardar a los fieles de doctrina falsa, y del pecado, y supervisar las disposiciones de la congregación; 5) consolar, fortalecer, reprimir, convencer, etc., (2 Tim. 4:2) ——— todo esto tiene que hacerlo si quiere ser un buen dispensador de los misterios de Dios, fiel predicador, y sobre todo un "ministro de la Palabra". Y todo tiene que basarse únicamente en esta misma Palabra y doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

Con razón, entonces, dice el Apóstol: "Palabra fiel es ésta: Si alguno anhela obispado, buena obra desea" (1 Tim 3:1). Es en verdad una buena obra, una obra preciosa que hace el fiel dispensador de la Palabra de Dios. Es de un valor mucho más grande que oro y joyas, y toda riqueza. Porque este ministerio tiene que ver con la salvación de almas, y con la conservación de las mismas en la fe verdadera hasta el fin. El que hace esto, es instrumento divino para que en aquel día final. almas inmortales puedan ser premiadas con la invitación: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. 25:34). Es, en verdad, una obra bendita.

Pero es también una obra de grandísima responsabilidad (Hch. 20:28-31; 1 Ped. 5:1-3). San Pablo se daba perfecta cuenta de la seriedad del ministerio, y del poder que puede ejercer, ya sea para el bien o para el mal de los cristianos. Por eso se esforzó en enseñar en Éfeso día y noche, en exhortar, y amonestar constantemente a los fieles; en constituir presbíteros en cada lugar, y en enseñar a las congregaciones con sus epístolas. Sobre él pesaba el cuidado de todas las iglesias (2 Cor. 11:28). Por haber sido fiel en esta obra, podía decir: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. De aquí en adelante, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado su aparecimiento" (2 Tim. 4:7-8). A los pastores fieles San Pedro promete: "Y cuando el Príncipe de los pastores sea manifestado, recibiréis la corona inmarcesible de gloria" (1 Ped. 5:4).

Siendo la responsabilidad tan tremenda, el peligro de pervertir la Palabra tan inminente, y la recompensa tan execelente, un ministro de la Palabra debe sentirse impulsado al estudio constante de la Palabra de Dios, para que tenga la verdad con la cual puede edificar al Cuerpo de Cristo en el servicio cristiano. Un pastor luterano dice así al respecto:

> "La vida santificada de procurar continuar en la Palabra de Cristo, por la cual conocerá la verdad (Juan 8:31-32), para poder vivir como un rey delante de Dios, es el verdadero Testimonio del ministerio de la reconciliación." (M. A. Zimmermann, *Faith-Life,* Xii, 12, 8).

Estará, pues, impelido el pastor, a profundizarse en las Escrituras, la única fuente para su propia vida espiritual, y para la de la grey. Además, tratará de seguir continuamente el ejemplo de San Pablo en predicar la Palabra e instar a tiempo y fuera de tiempo (2 Tim. 4:2).

Pero ¿quién es suficiente para estas cosas? Sólo el amor cristiano, que es el camino más excelente, puede conferir valor y capacidad a nuestra fe, nuestra caridad y nuestro servicio. Para poder servir verdaderamente a la congregación es necesario el amor. De otra manera el predicador empezará a pensar que él es un dispensador exclusivo de la Palabra de Dios, y demandará que todos se inclinen a él y a su interpretación de la Biblia; se exaltará sobre los demás; se olvidará de que somos todos un sacerdocio real; oprimirá a los miembros de la congregación; y reprimirá el ejercicio de sus dones a favor del bienestar de todos. Además, tal predicador empezará a demandar honores, respeto, consideración especial, grandes salarios y privilegios, y demás cosas que no corresponden a un ministro de Cristo. En lugar de servir, querrá ser servido.

Pero el pastor ha recibido sus dones para otro fin: para el apresto de los santos, para una obra de servicio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efe. 4). Así cada uno debe pensar cuerdamente de sí, usar sus dones con humildad, cooperando con y estimando a los demás. Cada uno, pues, considérese a sí mismo conforme a la medida de fe que ha recibido. Cada uno considérese a sí mismo como esclavo de Cristo, ministro del Evangelio del Señor, y servidor

del Cuerpo de Cristo, de buena gana, y por amor cristiano, sirviendo a todos hasta el límite de sus capacidades.

¡Que Dios nos dé un ministerio fiel, que apaciente la grey de Cristo con toda solicitud, sabiduría y firmeza con la Palabra de Vida! ¡Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros a ejercitarnos en la piedad, y ser fieles sacerdotes y reyes delante de él, que reciben de los ministros que él ha puesto sobre nosotros toda predicación y enseñanza, toda exhortación y admonición y toda reprensión que se hace a base de la bendita Palabra!

IV. — *Observaciones sobre el Papel de Obreros Laicos en este Ministerio*

De lo anteriormente expuesto, solamente nos resta sacar algunas conclusiones lógicas relacionadas con el uso de obreros laicos en nuestra misión en América Central. De paso sea dicho, que al usar el adjectivo "laico", no es nuestra intención indicar que los miembros de la Iglesia denominados así sean de una casta inferior, como comúnmente se entiende esta palabra. Creo que nuestro estudio de la doctrina bíblica hasta ahora ha manifestado suficientemente que en la Iglesia espiritual tal entendimiento sería incorrecto. Con la palabra "laico" significamos simplemente a una persona de la congregación que no dedica la mayor parte de su tiempo a la obra, aunque haya sido llamado por la congregación para hacerse cargo de cierta parte de ella. Con esta advertencia, pasaremos a nuestras observaciones en cuanto al uso de obreros laicos en nuestras congregaciones.

1) Es muy evidente que, lejos de ser contra la voluntad de Dios emplear obreros laicos en nuestra obra, es precisamente lo que debemos hacer, y lo más natural en vista de nuestro Sacerdocio Real y el Mandamiento de Cristo en Mat. 28:19-20. En realidad, cada cristiano debe tener una parte, grande o pequeña, en la obra misional, conforme a la naturaleza de sus dones. El que tenga solamente un don y por consecuencia puede ser olvidado en la busca de obreros, no debe ser menospreciado o considerado insignificante en comparación a los demás. Él también debe negociar con su don.

2) Además, todos deben ser animados a testificar a Cristo y su verdad particularmente, según el mandamiento de Cristo,

porque éste es el don que todos tienen en común. Esto es la mejor manera en que el Evangelio puede difundirse a todos los lugares del país. Juntamente con su testimonio, sus oraciones deben ascender continuamente al Padre todopoderoso, para que su Palabra lleve mucho fruto. En tal ministerio de la Palabra todos pueden y deben participar.

3) Pero nuestro estudio se ocupa sobre todo en los miembros que tengan el don de enseñar la Palabra públicamente. En este sentido se usa comúnmente el término "obrero laico". En vista de la escasez de obreros, es más que necesario que los poseedores de este don lo desarrollen en la manera más amplia posible.

4) Sin embargo, tales obreros son un don a la Iglesia, de manera que tenemos que descubrirlos, y no "reclutarlos". Jesús dice: "La mies es mucha, mas los obreros son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies" (Luc. 10:2). Tal oración, hecha en fe, es la única manera práctica de "reclutar" obreros para nuestra obra. El que confía en el Señor para hacerlo, y lo pide con diligencia, también sabrá reconocer a los dotados para la enseñanza.

5) Aquel cristiano que expresa el deseo de servir en calidad de catequista, evangelista o pastor, ciertamente desea una buena obra. Pero tampoco debe aceptárselo simplemente porque es su buen deseo, sino sólo cuando puede servir según las condiciones que San Pablo indica en 1 Tim. 3:2-7 que se aplican a su caso individual. De todos modos, debe estar dispuesto a servir a otros, negándose a sí mismo; una persona humilde; apto para enseñar o predicar; apto para entender la distinción entre Ley y Evaneglio; dispuesto a estudiar y aprender; que desea permanecer en la verdad apostólica; que pueda contender con la falsa doctrina; y que tenga el sincero afán de cumplir su ministerio en la capacidad a que ha sido llamado. Para saber estas cosas, sin duda será necesario que pase por un tiempo de práctica más o menos largo.

6) Las congregaciones, por su parte, no deben depender de los obreros enviados a ellos de otras partes; y sobre todo no deben depender de la "iglesia madre". Ni deben esperar el día en que puedan ser formados pastores nacionales en un seminario. En la gran mayoría de los casos, habrá por lo menos uno, aun en las congregaciones pequeñas, que tenga el don de la

enseñanza e interpretación de la Palabra de Dios. A éstos, las congregaciones deben escoger para hacerlo públicamente.

7) En muchos casos, estos obreros laicos carecerán de una preparación formal en la Palabra, y su entendimiento de las verdades bíblicas será muy limitado. Pero, no por esta causa debe la congregación pasar por alto su don, en espera de otro obrero mejor preparado en un futuro, tal vez muy lejano. Antes bien, en amor cristiano, al recibir la instrucción en la Palabra y soportar las flaquezas de su servidor en Cristo, crecerán con él en su aptitud, y seguirán siendo fortalecidos en su fe. De otra manera, su fe, amor y esperanza han de morir por falta de alimentación espiritual, hasta que al fin no quede congregación, ni cristianos, ni anhelo para la Palabra de Dios.

8) El que esté dotado con los dones necesarios para el ministerio divino, tiene derecho de ejercerlos. Ningún misionero, congregación o Junta Misionera debe negarle este derecho, a menos que sea por razones serias y bíblicas. Porque el que lo hiciere, menosprecia el don de Dios y condena a los de la congregación a un estado de espiritualidad infantil, en lugar de ayudarlos a crecer, a ser hombres y mujeres completos en Cristo.

9) Si la obra en una congregación fuere tan extensa que una sola persona llamada a ella no la puede cumplir, nada impide que la congregación divida la obra, nombrando a varias personas de entre ellos para que cada uno haga una parte en cooperación con los demás. Uno puede leer bien las Escrituras en público; otro puede predicar; otro guía a la congregación con el don de oración; otro puede consolar mejor a los enfermos; otro interpreta bien la Escritura, ——— y todos juntos sirven a la congregación. ¿No pueden dos o más repartir aun la dirección del culto divino entre sí para mayor provecho de la congregación?

10) Los obreros de poca preparación deben contentarse con hacer lo que está dentro de su capacidad, y no aspirar a toda la responsabilidad del pastorado como lo conocemos hoy. Según va creciendo en entendimiento y aptitud, puede hacerse cargo de más actividades de la obra. Si empieza (con la bendición de la congregación) a reunir a sus amigos en su casa para dar una explicación sencilla de la Palabra, puede terminar, al fin, como pastor ordenado, habiendo subido grada por grada en su carrera.

11) Todo obrero que desea enseñar o predicar, debe esperar para ello que sea llamado por la congregación o por el Consejo de la Misión. Pero no debe arrogarse a sí mismo la decisión de hacer públicamente lo que pertenece a todos los cristianos. No debe predicar en las plazas, o administrar la Santa Cena en su casa, o bautizar a cuantos niños quiere, a menos que fuera nombrado a estas cosas por la congregación.

12) Todo obrero llamado tiene derecho a más instrucción en la Palabra de Dios y la práctica de la Iglesia. Tanto la congregación como la Misión tienen la obligación de hallar formas en que se puede preparar más a sus obreros. La Misión tal vez establecerá una escuela bíblica y un seminario; o tal vez nombrará a cada misionero para enseñar y preparar a los obreros de su jurisdicción particularmente. La congregación puede disponer lo necesario para que el obrero tenga tiempo libre de sus quehaceres materiales para estudiar la Palabra, y lo animará a hacerlo con diligencia. Una manera práctica consiste en cursos por correspondencia, supervisados por algún misionero o pastor.

13) Cada obrero debe cuidarse de la envidia en los casos del desarrollo más rápido de otros obreros, que tal vez alcancen su meta antes que él. Pero tampoco debe haber preferencia por parte de los que los enseñan y preparan. Y si algún obrero demuestra su ineptitud para la obra, debe considerar esto como una señal de que no tiene este don. De todas maneras, no será posible tratar con todos en la misma forma.

14) Los miembros de la congregación deben a sus obreros su respeto cristiano para que escuchen su enseñanza y la reciban; para que reciban su corrección con espíritu de mansedumbre; para que puedan reprenderlos cuando fuera necesario: y para poder corregir sus errores en el espíritu de amor; ——— en todo ayudándoles a crecer en su entendimiento, fe y obra. Porque de otra manera sus oraciones a favor de sus obreros llegarían a ser una burla.

15) La congregación, además, debe a sus obreros una parte de, sino todo, su sostén económico, aunque esto signifique que los miembros de la congregación tengan que sacrificar algunos de sus placeres legítimos o necesidades supuestas. Este sostén debe empezar con el día de su llamamiento, y continuar durante su desarrollo, tanto como cuando sean pastores ordenados. El que trabaja en lo material, si es verdadero amador de la Pa-

labra de Dios, con gozo dará de su ganancia diaria para el sostén de un obrero fiel que se dedica a escudriñar las Escrituras para sacar de ellas la plata refinada de los oráculos de Dios (Sal. 12:6). Alguna ama de casa estará más dispuesta a apartar el equivalente de un sueldo para una criada para el sostén del pastor dedicado, que para usarlo para emplear una criada. Y además, sostener al pastor es la ordenanza de Dios: "El que recibe enseñanza en la palabra, participe de toda cosa buena al que le enseña" (Gal. 6:6); "Así también ordenó el Señor que los que predican el Evangelio, que del Evangelio vivan" (1 Cor. 9:14). Para el cristiano es más deseable oír la Palabra de Dios que tomar su comida diaria (Juan 4:32-38).

16) Por otra parte, si la congregación no puede hacer esto por su pobreza material, el obrero debe gozarse en poder dedicar el tiempo posible a la obra a que ha sido llamado, a pesar de que la mayor parte de su tiempo tiene que dedicarse a ganar la vida para sí mismo y para su familia.

17) También creo que en tal caso, la Misión tiene cierta obligación moral de ayudar a los obreros económicamente, para que puedan dedicar más tiempo a la obra que deben hacer.

18) El fin del uso de obreros laicos en nuestra obra misional es: que la Palabra de Dios tenga vía franca y amplia en nuestros países de la América Central.

CONCLUSION

Bajo las condiciones de Centro América, nuestra Iglesia Luterana se halla en la necesidad de hacer uso de obreros laicos en su obra. Al no hacerlo, estaríamos tal vez contribuyendo a la degeneración espiritual de nuestros países respectivos, e impidiendo el crecimiento del Evangelio y la Iglesia de Cristo en la América Central. Estaríamos negando lo que profesamos ser nuestra misión en el mundo. En lugar de estar edificando y aumentando el Reino de Dios, estaríamos debilitándolo, poniendo en peligro la fe de nuestros miembros.

Si quisiéramos seguir tal camino, limitando la proclamación de la Palabra de Dios a los que están bien preparados, tendríamos que confesar que nos hemos hecho pasibles del juicio de Dios. Todo crecimiento numérico o toda afirmación de hallarnos bajo la bendición de Dios no cambiaría esta conclusión,

sino que sería una señal de nuestra dureza de corazón. Por regla general, el que está bajo el juicio divino, no lo puede reconocer (Isa. 6:9-10). Aunque creciésemos en gran manera en números, recursos financieros y prestigio delante de los hombres, seríamos pobres para con Dios como la iglesia de Esmirna (Apo. 2:9).

Pero si al contrario animamos a todas las congregaciones de tal manera que sus miembros hagan uso de sus dones espirituales, como verdaderos reyes y sacerdotes delante de Dios, toda obra puede crecer bajo la dirección del Espíritu Santo y la bendición de Dios. Podemos entonces crecer en verdad, en espiritualidad, en conocimiento de Cristo, en valor para confesar su Nombre, en gozo durante las aflicciones y sujeción a la voluntad divina en nuestra vida. Por su Santa Palabra, seremos todos guardados para vida eterna.

Por tanto, ¡anhelad los mejores dones, el Amor y la Profecía, para que el Evangelio tenga vía franca en todos nuestros países, y muchas almas sean salvadas! (1 Cor. 7:17, 20-24; Efe. 4:1-16).

Gerhard F. Kempff
San Salvador, febrero de 1958

RECAPITULACION

I.

La Iglesia se compone de los que han sido llamados por Dios y escogidos para ser un pueblo aparte del resto del mundo. Este pueblo, o esta Iglesia, es una nueva creación de Cristo, como entendemos de los pasajes citados. Es además un organismo espiritual, no una organización externa, ya que tiene su vida en sí, gracias al hecho de ser el cuerpo de Cristo. Por tanto no está bajo ley y ordenanzas. A ella es dado el poder de predicar, como parte inseparable de la fe que recibe, que incluye el poder de perdonar y retener pecados.

II.

Todos los llamados con la vocación divina, son hechos sacerdotes y reyes delante de Dios, para ocuparse en los privilegios comunes que hemos recibido como hijos adoptivos de Dios ——— privilegios que son propios a sacerdotes y reyes. Pero,

adicionalmente, cada uno ha recibido su llamado a servir a la Iglesia en una capacidad especial, según los dones con los cuales ha sido dotado. Los debe usar fielmente para la edificación de todos. Al hacerlo así, se puede evitar que algunos quieren exaltarse sobre otros, y se puede guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de paz.

III.

El término "ministerio" significa servicio por amor hacia los que son servidos. El ministerio cristiano se refiere a los que son escogidos de entre todo el sacerdocio real para servir a los demás con la Palabra de Dios, tanto particular como públicamente. Este servicio es un don de Dios, dado en beneficio de toda la Iglesia. Si todos, como sacerdotes, tenemos el deber de servir a otros con la Palabra por nuestro testimonio personal, por ejemplo, sólo lo debemos hacer particularmente, a menos que hayamos sido escogidos por los demás para administrar Palabra y Sacramentos públicamente. Los diferentes nombres que el Nuevo Testamento aplica a este ministerio especial indican sus diferentes aspectos. Para el pastor hoy día, este ministerio consta de estos aspectos, por la mayor parte, y ellos indican sus deberes. Este ministerio es un gran privilegio, una buena obra, pero implica una tremenda responsabilidad. Para cumplirlo, es necesario que el pastor esté dotado del amor cristiano.

IV

Dios dará a cada congregación los dones necesarios para su crecimiento espiritual, de manera que cada miembro debe ejercer su don, según se presentan las oportunidades, y estar dispuesto a asumir nuevas responsabilidades. En especial es necesario el don de la enseñanza de la Palabra de Dios, como el don fundamental en la vida congregacional. Para ello, obreros laicos pueden y deben servir, cuando tienen las cualidades necesarias para ser "aptos para enseñar". Deben servir en la capacidad que corresponde a su preparación y fe, recibiendo más instrucción para su crecimiento y para poder servir mejor. La congregación tiene el deber de escucharlos, dejarse amonestar por ellos, y poner en práctica lo enseñado. Además, deben los miembros sostenerlos económicamente conforme a las posibilidades. Todo esto

se hace para tener la bendición de la Palabra de Dios en su medio, y para que sea libremente predicada y enseñada en el mundo.

BIBLIOGRAFIA

El Nuevo Testamento. edición bilingüe, versión Latino-Americana, Sociedad Bíblica Americana, 1933.

Synonyms of the New Testament. Richard C. Trench, Eerdmans Pub. Co., 1948.

A Greek-English Lexicon of the New Testament, etc., Wm. F. Arndt and F. Wilbur Gingrich, University of Chicago Press, 1957.

Doctrina Cristiana. J. T. Mueller, Andrés A. Meléndez, trans., Concordia, 1948.

Concordia Triglotta. Concordia, 1921.

"*The Church and Its Office of the Ministry*". M. A Zimmermann, *Faith-Life*, XII, and XIII, Nov., Dec. 1939; Jan-Apr., 1940.

Westminster Dictionary of the Bible, John D. Davis-Henry S. Gehman, Westminster Press, 1944.

ESTUDIO EXEGETICO - PRACTICO DE 1 Cor. 1

(Continuación)

2. *Glorificación del poder divino del Evangelio. Versículos* 17b-31.

Aunque en el último párrafo el apóstol habla continuamente del poder del Evangelio, el cual destruye toda vanagloria humana, no debemos pasar por alto que esto es un argumento más en contra del partidismo destructivo. En el párrafo anterior, el apóstol le presentó a la comunidad el Cristo que no puede ser dividido, su crucifixión y el bautismo de ellos. Ahora él se dirige contra aquellos que, si bien no pretenden suplantar la palabra de la cruz con sabiduría humana, sin embargo se empeñan en hacer más apetecible esa Palabra a la razón humana y natural, adornándola con palabras de humana sabiduría, con una elevada retórica, en fin, los que aprecian más la verbo-

sidad que la sencilla prédica de la cruz de Cristo. El apóstol demuestra con su prédica sencilla, y con su majestuosa retórica, la sublimidad única del Evangelio, el cual sin agregados de predicador alguno destruye la vanagloria humana y se manifiesta en el creyente como un poder de Dios para la salvación. Al mismo tiempo el apóstol defiende su propia manera de predicar entre ellos, diciendo, en el capítulo 2:1,4; "Y yo, hermanos, cuando fuí a vosotros, no fuí con excelencia de palabra, proclamándoos el testimonio de Dios . . Mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y con poder."

Y prosigue: "no con sabiduría de palabras, para que no sea hecha de ningún efecto la cruz de Cristo," vers. 17b. — Hubiésemos podido incluir estas palabras en el párrafo anterior, pero como encajan también en lo que sigue, según el contenido, y también están ligadas a lo que sigue, preferimos esta manera. "No con sabiduría de palabras" debía proclamar Pablo el Evangelio según el mandato de Cristo. Referimos esta expresión primordialmente a la *forma* de su prédica, aunque no está excluído pensar también en el contenido. Los corintios no habían sacrificado el Evangelio en aras de la sabiduría humana; pues de ser tal el caso, el apóstol debería hablarles en otro tono. Pero sí quiso prevenirlos el apóstol contra la sabiduría humana, aun contra la retórica humana en la predicación cristiana. Pues cuando un predicador comienza a tomar prestado palabras elegantes de la sabiduría humana, para impresionar con ellas a sus oyentes, entonces no demorará mucho en predicar sabiduría humana en lugar del Evangelio. Pablo describe aquí su propia manera de predicar, y él, por cierto, no había proclamado sabiduría humana, aunque con sus grandes dones, el apóstol podría haber impresionado mucho. Disponía de suficiente sabiduría como para eclipsar al rabino y al filósofo más culto. Sin embargo, el apóstol no mezcló su predicación evangélica con poderes persuasivos extraños a la misma, sino que sencillamente proclamó al Cristo crucificado. Este hecho se lo recuerda ahora a los corintios, pues seguramente se hallaban entre ellos no pocos que en un tiempo fueron paganos, personas que valoraban más la apariencia exterior de una cosa que su contenido. ¿Por qué el apóstol se preocupaba por la sencillez y llaneza idiomática en sus sermones? "Para que no sea hecha de ningún efecto la cruz

de Cristo," vale decir, para que no perdiera la eficacia divina, que no dejara vacíos a los oyentes, para que la pasión y muerte de Cristo en la cruz del Gólgota no resultase infructuosa para aquellos oyentes. Aquí se entiende con "la cruz de Cristo" toda la obra expiatoria efectuada en la cruz del Calvario. Si esa obra expiatoria no es predicada con palabras sencillas y claras, entonces tampoco se manifestará como un poder de Dios para la salvación. Tengamos en cuenta esto, los pastores en el púlpito y el maestro en las clases: Prediquemos a Cristo con sencillez. Si al contrario buscamos y empleamos palabras altisonantes, efectistas, entonces la gente oirá y admirará nuestro arte retórico, pero no alcanzarán a oír el Evangelio. Éste pasará de largo en cuanto a ellos, y se retirarán vacíos.

La ambición retórica por parte del predicador, y la ansiedad de parte de los oyentes por escuchar tal arte retórico, pueden anular totalmente la bendición de un sermón cristiano. El apóstol fundamenta este hecho con las siguientes palabras: "Porque la doctrina de la cruz es insensatez a los que perecen, pero a nosotros que somos salvos, es el poder de Dios". Vers. 18. La doctrina de la cruz es el Evangelio de Cristo, la buena nueva, el mensaje que nos dice que Dios está reconciliado con la humanidad por la muerte de su Hijo en la cruz. Rom. 5:10. Se llama la doctrina de la cruz. Por cierto, a ese sacrificio se suman su nacimiento milagroso, su vida perfecta, su perfecto cumplimiento de la Ley, y todo lo que padeció durante su vida terrenal. Mas todo esto de nada valdría para la humanidad, si Él no hubiese dado este último y más difícil paso. Su muerte fué propiamente el precio de rescate para ganarnos la vida eterna. Nos ha rescatado para Dios por medio de la sangre derramada en la cruz. Por eso el Evangelio se llama la doctrina de la cruz.

Esa doctrina de la cruz es insensatez a los que perecen, dice el apóstol, pero a nosotros que somos salvos, es el poder de Dios. No pasemos por alto la palabra "porque", pues ella nos indica el motivo por qué el apóstol no proclamaba el Evangelio con palabras de sabiduría humana. El apóstol había experimentado que su predicación no era aceptable para la razón natural del hombre. Cada verdadero predicador hace la misma experiencia. La orgullosa razón siempre tiene algo que objetar contra la doctrina de la cruz. "¿Cómo puede ser misericordioso con los pecadores un Dios justo y santo? ¿Cómo pudo ser hombre el

Hijo de Dios? Y si lo fué, ¿cómo pudo redimir a los hombres por su muerte en la cruz? Si por causa de nuestros pecados merecimos la ira y el castigo de Dios, ¿acaso no es más lógico que nosotros mismos remediemos esto por medio de nuestra propia justicia y obras de caridad?" Pensamientos tales, y otros parecidos, estorban a la razón para aceptar la doctrina de la cruz. La razón orgullosa frunce la nariz y se aleja. Y ahora, ¿qué? Es ahora que el predicador cristiano corre el peligro de pedir prestado de la sabiduría humana las palabras altisonantes y doctas, con el fin de apartar el estorbo, con el fin de hacer más aceptable y apetecible su mensaje a esa persona de espíritu sutil. De nada ayuda esto, solamente estorba. No es así como se salva a los hombres, al contrario, así es como se hace sin efecto la cruz de Cristo y se emplean las palabras para conducir a los hombres por el camino de la condenación. Allí, empero, donde se predica el Evangelio con sencillez, allí se alcanza éxito. Porque si bien la doctrina de la cruz es insensatez a los que perecen, sin embargo, es poder de Dios a los que son salvos. Donde se predica el Cristo crucificado, allí están presentes y son eficaces su cruz y sangre. Allí no se proclaman palabras vacías, sino los hechos de Dios. El Evangelio no ha menester ser adornado con nuestras palabras, ni ha menester de nuestra explicación. No tolera estas cosas. No necesitamos justificar el Evangelio, sino predicarlo. No queremos decir con esto que el predicador deba abandonar toda dignidad, o que deba abandonar toda formalidad y orden, predicando el Evangelio de Dios sin previa meditación y preparación. De ninguna manera. El lenguaje, la forma, la expresión y el porte del predicador deben corresponder a la alta dignidad de la sabiduría divina. Pero sí debemos cuidarnos de no colocar en primer plano al predicador, su retórica y su sabiduría, o pretender esquivar el escándalo de la cruz. Allí donde verdaderamente se predica a Cristo, allí el Evangelio probará siempre de nuevo su poder divino y salvará a algunos, a pesar de ser insensatez a los que perecen. El Evangelio tiene en sí el poder de vencer la enemistad del corazón natural y despertar la fe. Ese hecho se comprueba de modo categórico con el ejemplo del mismo apóstol.

Debemos intercalar aquí algunas palabras sobre el vano esfuerzo del modernismo. Entendemos bajo modernistas esa clase de predicadores actuales, quienes, experimentando lo ilógico del

Evangelio, tratan de aliviar el asunto para ellos y para sus oyentes. Esto lo intentan negando todo aquello que le parece insensatez a la razón, dándole otro sentido, y proclamando sólo aquello que no significa tropiezo para la razón. Podríamos decir muchas cosas al respecto y analizar sus afirmaciones, pero, ¿de qué serviría? Ellos ya no tienen el Evangelio, aun cuando emplean las expresiones bíblicas y cristianas tradicionales. Pues la palabra, la doctrina de la cruz es y seguirá siendo, para el hombre natural, escándalo e insensatez. Si se quita el escándalo, entonces ya nada queda del Evangelio, por más que se empleen las expresiones bíblicas. Si todavía se salvan miembros de los predicadores modernistas, entonces esto no sucede por causa de la predicación que escucharon, sino a pesar de ella, tal vez porque en estudios privados de la Biblia conocieron y aceptaron en fe verdadera a Cristo como su Salvador personal. No nos dejemos engañar por el aspecto piadoso, antes bien probemos los espíritus. Los hay que son lobos vestidos de corderos, contra ellos nos previene el Salvador.

Por otra parte, aquí podemos buscar y hallar una palabra de consuelo cuando nos sentimos desanimados, cuando quisiéramos, como Elías, sentarnos debajo de un arbusto y orar: "¡Ya basta, oh Jehová, quítame la vida; porque no soy yo mejor que mis padres!" Porque la doctrina de la cruz es insensatez al hombre natural, porque tampoco los cristianos son todo espíritu en esta vida terrenal, por eso el Evangelio no llega a desplegar todo su poder, principalmente en lo que concierne a la santificación diaria. ¿Quién entre nosotros no sabría enumerar un sinnúmero de debilidades que se observan en la vida de nuestras comunidades cristianas? En horas de debilidad, ¿acaso no intentamos, empleando toda clase de medios, despertar mayor vida espiritual? Por medio de la excitación se trató de despertar un mayor celo misional. Eso significa invertir el principio. Se intentó despertar mayor vida espiritual por medio del pietismo, pero eso conduce al sinergismo. Se intentó alcanzarlo por medio de una rígida disciplina eclesiástica, pero no dió resultado, pues el Evangelio no tolera ninguna clase de jerarquía. También se intentó despertar una mayor vida espiritual por medio de una mejor música y liturgia en los cultos, por medio de la sociabilidad y cosas parecidas, pero no es con esto que se mejora un corazón pecaminoso. Solamente la doctrina de la cruz, solamente

el mensaje del amor inconmensurable de nuestro Salvador puede lograr eso. Allí donde no ayuda esto, allí no ayudará cosa alguna, aun cuando, aparentemente, se alcanza éxito ante los hombres.

Tengamos esto en cuenta, cada vez que obtengamos poco éxito en nuestro ambiente con la labor misional personal. Las congregaciones pequeñas están principalmente expuestas al peligro de emplear otros medios para ganar a los extraños en su medio para la iglesia. ¡Qué diversidad de medios se emplean actualmente para lograr que la gente vaya a la iglesia! ¡No es así como se hacen cristianos, no es así como se convierten en hijos de Dios!

LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y LA OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Por el Prof. E. C. Kieszling

(Continuación de Parte II)

Peligros de la Vida Activa

Se dirá quizás que nunca podrá haber sobreabundancia de cristianismo activo, ya que las oportunidades para ejercerlo son tan frecuentes. Sin embargo, también el cristianismo activo encierra sus peligros. Recordemos la advertencia de San Agustín: "Nadie tiene el derecho de entregarse tan por completo a la vida activa que no le quede tiempo para la contemplación de Dios." Los extranjeros hablan de los norteamericanos a menudo como de 'activistas'. Bernard Shaw usa la expresión: "Los americanos son como lauchas en oxígeno." La maldición que pesa sobre un activista exagerado es superficialidad y carencia de rumbo fijo. El activista cien por cien se halla con frecuencia en la situación de un jinete que trata de galopar simultáneamente en varias direcciones distintas. Emprende mil cosas sólo para estar activo, y no pregunta si su actividad es necesaria o provechosa, o si podría haber hecho mejor las cosas. Un excelente abono para el activismo son las estadísticas. Si se ganan anualmente tantos y tantos miembros nuevos, si se recolecta tal y tal can-

tidad de dólares, si se imprimen y publican tantos y tantos libros y folletos — entonces todo marcha a las mil maravillas, aun cuando algunos dineros y miembros fueron ganados con un poquito de presión, y algunos centros de misión fueron iniciados en una región donde ya había abundancia de otras iglesias, y algunas de las producciones literarias publicadas no fueron mucho más que evangélicas fanfarronadas.

El activismo, o pragmatismo, como también suele llamarse, es incapaz de reunir la paciencia necesaria para lo que es lento, silencioso y profundo, para lo que ejercita la meditación o lo que pone énfasis en la relación mística con Dios. Cuando Cristo dice: "El que pierde su vida, la hallará; y al que busca primeramente la justicia, todas las demás cosas le serán dadas por añadidura", el activista piensa más en el hallar y en las cosas que serán dadas por añadidura, y menos en el perder y en el buscar la justicia, cosas no menos esenciales, pero más dolorosas y de más vasto alcance.

El Mal de las Misas Privadas

En el transcurso de la historia, el activismo cayó en dos extremos diametralmente opuestos. Permítaseme usar una ilustración. En uno de sus escritos, M. Lutero se dirige contra la misa privada, entonces uno de los peores y más difundidos males en la Iglesia. Por lo general, tales misas privadas eran leídas en capillas especiales, donadas por personas pudientes interesadas ante todo en su propio bienestar espiritual y en el de su familia. Se designaba a un sacerdote que debía leer misas exclusivamente para el eterno descanso de los miembros vivientes o fallecidos de dichas familias. La iglesia del castillo de Wittemberg era una iglesia tal, si bien en grande escala. El elector de Sajonia Federico el Sabio la había dotado liberalmente, de modo que en la época de su mayor esplendor contaba con 80 sacerdotes y 2 grandes coros. Por lo menos 10.000 misas se leían allí anualmente, y si alguien se tomase la molestia de sumar los años que de esta manera fueron descontados de la permanencia en el purgatorio (!), llegaría a la cifra impresionante de varios millones.

Por lo regular había algunas personas presentes en aquella iglesia de Wittemberg, pero en las más de las capillas menores

no se hallaba sino el sacerdote oficiante; pues se consideraba a la iglesia como institución creada por Dios sin hombres, que poseía una cierta virtud de ayudar a todos cuantos entraban en contacto con ella. Era, por decirlo así, una especie de máquina eléctrica que emitía ondas salutíferas hacia los circunstantes. Esa máquina era de eficiencia invariable, ya se tratase de despiertos o dormidos, conscientes o inconscientes, vivos o muertos. Los únicos requisitos eran cierto factor material capaz de poner la máquina en movimiento: la adecuada suma de dinero; y cierto factor humano, capaz de mantenerla en movimiento: el sacerdote. En íntima relación con ese concepto, por demás superficial y materialista, de lo que es la Iglesia, se hallaban diversas prácticas abominables como el famoso comercio de indulgencias, las peregrinaciones, las interminables oraciones y sacrificios, la veneración de reliquias, que dió lugar a tantos y tan burdos fraudes.

Aquí tenemos un ejemplo, bastante craso por cierto, de cómo la religión puede degenerar en cierto activismo supersticioso. Casos análogos se registran también en otras épocas de la historia eclesiástica. Los fariseos p. ej. fueron activistas que concentraron su atención sobre ciertos detalles mínimos de la ley ceremonial como el llevar filacterias, lavamiento de los pies, oraciones y ayunos públicos etc. Tal estado de cosas es característico para épocas de decadencia, cuando los cristianos se convierten en autómatas que repiten ciertas fórmulas y practican ciertas ceremonias. Confían quizás en la palabra pura y en la doctrina que aprendieron, pero ponen muy poco empeño en que esta palabra manifieste su poder en sus vidas. Activistas como los que acabo de describir, recalcan indebidamente el aspecto divino de la Iglesia y están demasiado dispuestos a entregarlo todo al cuidado de Dios; ellos mismos en cambio gastan sus energías en obras externas, a menudo carentes de valor social, a no ser que esas obras mantienen ocupada a la gente, impidiéndole así entregarse a pasatiempos peores.

Los Estados Unidos de Norte América gozan de la fama de ser un país sumamente activo en la esfera de la religión práctica. Sin embargo, unos 50 ó 75 años atrás muchas iglesias evidenciaban cierta inercia precisamente en este sentido. Esto hizo surgir, como protesta, el 'evangelio social', y condujo al mismo tiempo a la creación de las así llamadas 'iglesias de san

tidad', que según un informe reciente, todavía siguen en tren de franco crecimiento. La cruda realidad es que muchas de las iglesias más antiguas se tornaron demasiado comodonas, presumidas y renombradas como para cuidarse de la triste suerte de los pobres, los obreros mal pagados, los que trabajaban en condiciones indignas, los menores explotados, la gente de color y los inmigrantes. Por otra parte cerraban los ojos ante las injusticias cometidas por los ricos, los opresores, los embusteros, los políticos deshonestos, y más tarde también los criminales, algunos de los cuales eran respetados feligreses. Repitióse la parábola del Buen Samaritano. El sacerdote y el levita, los ministros de la Iglesia, estaban tan ocupados con cosas más elevadas, con la vida contemplativa, que ya no pensaban en la miseria de sus semejantes ni les prestaban ayuda. Buenos samaritanos nunca faltan, pero raras veces proceden de las clases privilegiadas de la sociedad. El Buen Samaritano mismo era miembro de un pueblo mixto. Los nuevos samaritanos fueron aún más lejos que el de la parábola, pues no sólo acudieron en auxilio de los que habían caído en manos de ladrones, sino que se esforzaron por descubrir las causas sociales por qué todavía había ladrones en los caminos, y por qué personas serias se alarmaban ante los crímenes de aquéllos.

En su afán de remediar un pecado de omisión, estos modernos samaritanos sin duda se excedieron, de modo que las iglesias tradicionales les hicieron a menudo el reproche de haberse olvidado de la obra esencial de la Iglesia en su esfuerzo por subsanar males sociales. Los paladines del evangelio social por su parte culparon a las iglesias de ocuparse demasiado en la doctrina de Jesús, en detrimento de la religión de Jesús. "Los fundamentalistas" escribía uno, "todavía son tardos en reconocer las exigencias sociales y sociológicas de su salvación." Y un otro escribía así: "Estoy convencido de que nuestra esperanza de ser oídos por la gente es muy escasa si les hablamos de salvación y vida eterna sin tener nada que decir acerca de pan y de paz."

La Situación ha cambiado

Es innegable que la Iglesia aprendió su lección. Pocas son hoy en día, ante todo en las ciudades, las congregaciones que no tengan sus programas sociales y su vasto plan de actividades

para los jóvenes. Al iniciar el trabajo misional en un nuevo campo del extranjero, pensamos no sólo en construir capillas, sino también hospitales, escuelas primarias y seminarios para la formación de pastores y maestros nativos. Las 'iglesias de santidad' nos han demostrado que nuestra obra salvadora debe incluir tanto a la gente honrada como también a la depravada. Pero en estas mismas iglesias se hacen patentes también diversos defectos del activismo. Tan empeñadas están en la evangelización y conversión de los hombres, que descuidan en gran parte la instrucción sistemática en las verdades fundamentales de las Sagradas Escrituras, o al menos la realizan en forma harto superficial. Esperan que los cristianos vivan de leche, y no de alimento sólido, de lo que resulta que por lo general llegan a formar hombres y mujeres que carecen de verdadero vigor espiritual. Y esto es problema serio para la obra eclesiástica.

A mi juicio, nuestra Iglesia Luterana no ha caído en esta trampa, y ello gracias a su sólida instrucción bíblica, a la que ya desde un principio concedió máxima importancia. La primera Asamblea General del Síndo de Misurí, en el año 1847, dió a su junta misional el encargo de buscar campos misionales adecuados en el extranjero, y de velar por que en las misiones del interior se enseñase asiduamente el Catecismo de Lutero. En la segunda Convención (1848) se dió a conocer que se abrigaba la intención de iniciar el trabajo misional entre los indios de Oregón, y que el Sínodo se había hecho cargo de una ya existente misión entre indios en el estado de Míchigan. El fundador del Sínodo de Wisconsin, el pastor Johann Mühlhäuser. era un misionero muy activo ya antes de recibir su instrucción para el sagrado ministerio. Desempeñándose todavía como ayudante de panadero, había aprovechado su tiempo libre para hacer giras por Alemania, Austria y Suiza con el fin de hacer obra misional entre gente desligada de la Iglesia. Después de su ordenación continuó con ese trabajo en Nueva York, y finalmente en la región de Milwaukee, Wisconsin. Su 'método' consistía en ponerse en camino, provisto de una cantidad de folletos y biblias, y vender esa literatura a cambio de comida y alojamiento, o regalarla también. De esa manera juntó los miembros de su primera congregación. No hubo en la historia de los dos sínodos (de Misurí y de Wisconsin) época alguna en que no hayan tenido su vasto programa misional. Cuando en el año 1872

Misurí y Wisconsin se unieron para formar, junto con otros sínodos, la 'Conferencia Sinodal', dicha unión a su vez evidenció su fuerte carácter misional, creando, en su 6ª Asamblea (1877), una misión entre los negros en los Estados Unidos. La moción correspondiente la hizo el pastor H. A. Preusz, del Sínodo Noruego. En los decenios transcurridos desde aquel entonces, la actividad misional de la Conferencia Sinodal llegó a ser considerablemente más compleja y extensa, sin haber perdido empero su firme arraigamiento en la Palabra de la Verdad.

Imposible alcanzar la Perfección

No obstante opino que se han cometido errores, y que también en lo futuro se cometerán errores, de modo que siempre de nuevo habremos de buscar la conducción y el estímulo de las Sagradas Escrituras. Y con esto quiero poner fin a la descripción de la vida activa.

Hay un período en la historia del reino de Dios, el período apostólico, en que ambos deberes de la Iglesia, el contemplativo y el activo, guardaban un equilibrio perfecto. Mediante el derramamiento del Espíritu Santo, los apóstoles mismos pudieron sostener y extender la Iglesia y a la vez crear teología. Las oportunidades misionales, contenidas durante 2.000 años, rompieron sus barreras en aquel primer Día de Pentecostés, y ya muy poco después los apóstoles estuvieron ocupados en difundir el Evangelio desde un extremo del Imperio Romano hasta el otro.

El más grande Propulsor del Evangelio

El principal representante de la actividad misional en aquel tiempo fué el apóstol Pablo. Cuando estaba en juego la pureza de la doctrina, p. ej. cuando se hizo la tentativa de cargar a la joven Iglesia con el yugo de la ley mosaica, en desmedro del honor de Cristo, ¡con cuánta decisión se opuso este hombre a tal conato en su Epístola a los Gálatas! Cuando falsos maestros estaban causando divisiones y escándalos, contrarios a la Enseñanza que los cristianos habían aprendido de Pablo, él aconsejó (en Rom. 16:17) reparar en los tales y apartarse de ellos. En otras cuestiones, no estrictamente doctrinales, pero relacio-

nadas con la doctrina, Pablo demostraba la misma firme convicción, pero también paciencia. Era longánimo con los que reputaban un día más que otro, y también con los que reputaban todos los días iguales, en tanto que ni unos ni otros intentasen imponer un proceder legalista con su opinión privada. "Me hacía todo para con todos", escribía Pablo, "para que de todos modos yo salve a algunos" (1 Cor. 9:22).

Igualmente exitoso fué el apóstol Pablo en su actividad de misionero. Con extraordinaria firmeza de la fe, y plenamente seguro de la victoria final, enfrentó las diversas manifestaciones del paganismo Prácticas paganas como las descriptas en Rom. 1 le causaban horror y las condenaba en la forma más severa, pero por lo común no gastaba mucho tiempo en la condenación de religiones paganas. ¿Por qué habría de lidiar con ellas en un modo negativo, si su propia religión era tanto más excelente, y si él podía contar tantas y tan grandes cosas acerca de ella? Una religión pagana hasta podía servirle de buen punto de partida para su propio mensaje, como ocurrió en Atenas. "Señores atenienses", dijo Pablo en aquella oportunidad, "en todas las cosas percibo que sois muy religiosos" (Hech. 17:22). Raras veces Pablo decía un 'No' expreso a cultos paganos, pues estaba seguro de que dentro de breve sus oyentes dirían un 'Sí' al mensaje que él les traía. Como hombre que había sido educado esmeradamente en dos culturas, la hebrea y la griega, Pablo era absolutamente sincero y desinteresado. Permaneció soltero para poder moverse con mayor libertad y con menor costo, y tampoco exigió salario. Su trabajo misional no costó un centavo a la Iglesia de aquel entonces. Al contrario, de regreso de sus viajes misionales traía colectas para los necesitados hermanos y hermanas en la fe en Palestina. Estas dos cosas serían imposibles de practicar para un misionero actual.

El Evangelio debe ser predicado a Todos

Pablo anunciaba su Evangelio a todos, ya fuesen judíos o paganos, hombres o mujeres, siervos o libres: a los que se debatían en la más desesperante miseria como también a los que nadaban en la abundancia. Fué Pablo quien escribió las palabras: "Pues, mirad vuestra vocación, hermanos, como que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos

nobles tienen parte en ella" (1 Cor. 1:26). Y sin embargo, ese mismo Pablo se hizo el deber de ganar para Cristo también a las personas más cultas e influyentes de las ciudades más importantes, personas como Sergio de Pafos, Dionisio de Atenas, Crispo de Corinto, Aquila y Priscila, el médico Lucas y 'todos los de la casa de César' en Roma.

La costumbre de Pablo era formar pequeños grupos de fieles en un lugar y dirigirse luego a la ciudad siguiente para repetir allí el mismo procedimiento. No se ocupaba ni en la instrucción de los niños, ni en obras de caridad, ni en la elaboración de órdenes para el culto, no por falta de interés en tales cosas — la colecta para los indigentes de Jerusalén es un ejemplo patente de ese interés — sino por considerar que semejantes asuntos debían quedar a cargo de la congregación local. Con sus congregaciones, Pablo mantenía un contacto continuo, recibía informes de ellas, las visitaba de vez en cuando y les escribía cartas cuando lo creía necesario.

La aparición de un nuevo Pablo o de un segundo período apostólico es inimaginable. Ninguna época podrá igualar jamás los grandes acontecimientos que dieron como resultado el nacimiento del Cristianismo; ninguna tampoco podrá presenciar tal derramamiento del Espíritu Santo, ni un terreno tan propicio y fértil para el trabajo misional. Pablo y los demás apóstoles siempre seguirán siendo nuestro ideal y nuestro incentivo en el desempeño de la doble tarea en el reino de Dios, especialmente cuando unamos la vida contemplativa con la activa para formar la vida compuesta, de la que tratará la parte final del presente trabajo.

(Continuará)

Bosquejos para sermones

CUASIMODO

Juan 20:19-31

Jesús dice: Paz a vosotros.

I. Solamente Jesús puede dar la paz;

II. Solamente el creyente recibe la paz.

— I —

Paz — el bien mayor para una nación. Las destrucciones causadas por la guerra son terribles. —— Paz — el tesoro mayor para el corazón humano. Infeliz el corazón que no conoce la paz. — El criminal, fugitivo y errante — atormentado por su conciencia, el temor del castigo, viendo en cada sombra a un perseguidor, asustándose de una hoja que cae de un árbol. — Desde la caída de Adam todos fugitivos. La conciencia, despertándose, da testimonio a cada uno: Dios es tu enemigo: te llevará ante su tribunal. En su juicio quedará patente tu culpa. Sufrirás castigo eterno. —— Nadie puede eliminar esta voz, aunque trate de hacer callar a su conciencia. No es imaginación. Lo que dice se ha de cumplir. —— Pero ¡consuelo! Paz. Dios ya no es tu enemigo. Reconciliado. Padre amoroso. Todo — enfermedad, pena, penuria, muerte — debe servir para tu bien. Este Padre no te castigará jamás. — ¿Será posible? ¿Para el pecador hay paz? Jesús da la paz. Solamente Jesús la puede dar. Escucha: Tus pecados son perdonados. El perdón fué adquirido por el sacrificio de Jesús. V. 20. La prenda de que él puede dar la paz. Señales de su Pasión, — el hecho de su resurrección. — Don de la Pascua: Paz. Sin Jesús no hay paz. Fuera de él no hay reconciliación con Dios. ¿Encontraste tú la paz?

— II —

Jesús adquirió la paz para todos. La ofrece a todos. V. 21-23. Jesús dirigió estas palabras a todos sus fieles. Luc. 24:33. No solamente a los apóstoles. Todos aquellos que reci-

bieron el Espíritu Santo — todos los fieles — tienen derecho y obligación de anunciar y ofrecer la paz adquirida por Jesús para todo el mundo. Particularmente lo hará cada creyente; públicamente en la iglesia los pastores debidamente llamados y ordenados. Todo el mundo debe saber: El Resucitado te adquirió la paz y te la ofrece. — Oyente: a ti se ofrece la paz mediante el santo Evangelio y los santos Sacramentos. ¿Te la apropiaste? —— También para Tomás Jesús había dicho: Paz a vosotros. No estaba presente. Los otros le dieron el mensaje del Resucitado. Sin embargo, durante una semana él anduvo sin paz. ¿Por qué? V. 25 b. — Solamente la fe recibe la paz. Al incrédulo se la ofrece; pero se niega a recibirla. La fe se aplica la promesa de la gracia. La fe acepta el perdón. La fe se consuela en la Palabra leída — escuchada — los Sacramentos — la absolución. La fe confía en el Evangelio. Con la seguridad: Tus pecados te son perdonados, la paz entra en su corazón. —— V. 27 b. Eco del mensaje pascual. Celebramos la Pascua al apropiarnos el don del Resucitado. Entonces: Paz con vosotros.

Intr.: Noche de la Pascua. Día agitado. En diversas oportunidades, Jesús había aparecido a varios de sus fieles. Todavía los discípulos no se atreven a creer que Jesús vive. — Mientras están hablando, Jesús . . . Y: "Paz con vosotros."

Los convence de que realmente es él. Y repite: "Paz con vosotros."

No un simple saludo. Sus palabras dan lo que dicen. —— A nosotros: Tema.

Cf. CTM 1935 *A. T. K.*

MISERICORDIAS DOMINI

Juan 10:12-16

Jesús el Buen Pastor

I. Da su vida por sus ovejas;

II. Las conoce como suyas;

III. Tiene sumo cuidado de traer las ovejas dispersas

— I —

V 12. Amor del Pastor. Ovejas — creyentes. Mediante la fe entraron en el redil. El rebaño — la Iglesia (III. Art.) Contraste — incrédulos, V. 26. Por las ovejas el Buen Pastor da su vida. Vió miseria. Lobo infernal. Destruía género humano. Pecado — perdición. Sal. 51:7; Juan 3:6; Ef. 2:3. Apostataron de Dios. Perdidos — dispersos, Is. 53:6. —— El Buen Pastor — encarnó — forma de siervo — luchó (Cf. David-león-oso) para salvar a sus ovejas de la boca del lobo infernal. Lucha amarga — cruenta. Tentación — persecución —aprisionamiento — condena — muerte en la Cruz. Voluntariamente el Buen Pastor da su vida. Sacrificio vicario por nuestros pecados. Así vence al lobo y salva a sus ovejas. —— Jesús resucitado. Resurrección — prueba de nuestra liberación. Jesús no es un asalariado. —— No olvidemos lo que él ha hecho por nosotros.

— II —

V. 14 15 a. — El Pastor conduce sus ovejas. Conoce a cada una. Sabe cómo debe tratar a cada cordero. Llama a cada uno por su propio nombre. Elige praderas — rediles — cuadras. Camina adelante; las ovejas le siguen. —— El Buen Pastor conoce a sus ovejas. Son suyas. Las adquirió ("para que yo sea suyo"). Las conserva en su comunión mediante su Palabra. V 15. Ligado íntimamente con sus ovejas. Sal. 100; Juan 15:16; 13:18. Bautismo — Iglesia — Palabra. Sal. 119: 115; 23:2. A veces valle obscuro — tentación — tribulaciones. ¡No esperaban semejantes cosas! —— Pero el Buen Pastor está con sus ovejas. Las guarda. Las conduce al redil celestial. —— Amor, Ezeq. 34:15; Is. 41:10; Luc. 12:32. Por encima de los caminos obscuros, el amor eterno.

— III —

V. 16. Ovejas de entre gentiles. Le pertenecen, aunque todavía no las ha traído. No por alguna buena calidad en ellas: por su elección eterna. Rom. 11:28; Ef. 1:4 5; Hech. 18:10. El Buen Pastor conoce a sus ovejas antes de que éstas le conozcan a él. Las trae a su redil. Mediante el Evangelio. Ef. 2:13; Mar. 16:15 16; Apoc. 14:6. Obra del Buen Pastor que nosotros pertenecemos a su Iglesia. Finalmente — un pastor — un re-

baño. Ovejas de entre los judíos y de entre los gentiles — todas tienen el mismo Pastor — unidas por la fe. Lutero XI, 792 793 —— ¡Cuidado con la llamada 'ecumene' que pervierte este texto! — Bienaventurado quien sigue al Buen Pastor. Apoc. 7:14-17. — ¿Eres tú oveja del Buen Pastor? ¿Escuchas su voz? ¿La recibes en tu corazón? ¿Sigues a tu Pastor? Síguele. Solamente de él y en él recibirás la vida.

Intr.: Dom. pasado: "Paz a vosotros". El Señor victorioso da bienes preciosos. — Hoy se presenta en la imagen más hermosa de la Escritura. Antes de su muerte ya se llamaba el Buen Pastor. Este nombre es identificado con su resurrección. Hebr. 13:20.

Cf. CTM, 1935. *A. T. K.*

JUBILATE

Juan 16:16-23

El Resucitado nuestro consuelo en la aflicción

I. La aflicción es tan grande que solamente el Resucitado puede ser nuestro consuelo;

II. El Resucitado es tan grande que él trocará en gozo toda aflicción nuestra.

— I —

Aflicción grande ("Lloraréis" — como los doloridos en un entierro); ("os lamentaréis" — sollozaréis sin interrupción); ("estaréis tristes" — mortificados por pena amarga). Aflicción que sigue aumentando. Aumenta la aflicción por el regocijo del mundo. Este regocijo del mundo se revelará en malignidad para con los discípulos, terminando en persecución. — Serán días obscuros. La aflicción será sumamente aguda; pero no durará mucho tiempo. ——— No habla de cosas temporales, — enfermedad, — dificultades en la familia, — pérdida de dinero: habla de su ida al Padre. La aflicción viene de su Persona y de su obra. Los discípulos experimentarán una separación sumamente dolorosa. Una pérdida sensible. Jesús se va. Las esperan-

zas carnales de los discípulos se desvanecerán. La manera cómo Jesús se va les parecerá una vergüenza. Pero el mundo se regocijará. — Su propia ignorancia aumentará la aflicción, V. 18. 23. (No les entraba la Palabra de Jesús acerca de su Pasión y muerte.) —— ¿Quién los consolará? ¿Hombres? ¿El uno al otro? Si Jesús se fuese lejos, sería una pérdida irreparable. Si él se fuese para siempre, no habría más consuelo para ellos. Aflicción tan grande, que solamente el Resucitado podrá consolarlos. —— Podemos imaginar la aflicción de los doce. Sabemos algo de lágrimas y de lamentaciones. Muchas veces aumentamos la aflicción, porque olvidamos a Jesús y su obra. — Experimentando la burla y el odio del mundo, la aflicción parece inaguantable. Mayor es la aflicción, cuando Jesús parece habernos abandonado. Todo se soporta con Jesús; nada sin Jesús. Cf. Hebr. 12:5 6; Rom. 8:35 36. Sin Jesús perderemos la fe. Jesús el único consuelo. El Ayudador debe ser mayor que la pena. Solamente el Resucitado es mayor que la aflicción.

— II —

Jesús V 16. Trocar aflicción en gozo. "Me veréis"; V 22: "se regocijará vuestro corazón". . "yo os veré otra vez"; V 23: "ninguno os quitará vuestro gozo". Conocimiento de la Persona y de la obra de Jesús. La causa, V 16: "Por cuanto me voy al Padre". Rom. 4:25; 8:34; 1 Juan 2:1 2. —— Esta promesa incluye toda la obra de la redención. Así Jesús consuela a los suyos. Sin la obra redentora de Jesús jamás habrá gozo verdadero. Esta promesa presupone la resurrección, V. 16. Jesús debe ser tan grande que pueda vencer a la muerte. Lo hizo. Resucitó. Puede cumplir todas sus promesas. Luc. 24:46. 47. Jesús es Dios. Dios es nuestro consuelo. Sal. 73:1. 25. 26; 109:21; Hebr. 6:18; 2 Tes. 2:16. —— Cf. actividad gozosa de los discípulos después de la resurrección. Gozo entre los gentiles convertidos. (Nueva Guinea — los unos enseñan a los otros.) Consuelo — aflicción corporal — espiritual. Jesús troca todo en gozo. Se fundamenta el gozo en V. 16. 2 Cor. 1:20; 4:17. 18; etc.

Intr.: — Dinero y bienes — cosas perecederas — buscadas por los seres humanos; en éstas confían, mas no traen consuelo en las penas que afligen a la humanidad. — El mundo no tiene consuelo. Cristianos sufren aflicciones. Más que el mun-

do. Sal. 73:13 14 21; 22; Hech. 14:22; Ef. 3:13; Apoc. 7:14. No estamos sin consuelo. ¿Es suficiente el consuelo ofrecido? 2 Cor. 1:5.

Cf. CTM 1935. *A. T. K.*

CANTATE

Juan 16:5-15.

El Espíritu Santo.

I. Consuela a los creyentes;
II. Convence al mundo;
III. Guía a los discípulos al conocimiento de toda verdad;
IV. Glorifica al Señor.

— I —

V 7; Cf. Juan 14:16; 1 Juan 2:1. La misma palabra: "Abogado". El Espíritu Santo — Ayuda — Abogado de los apóstoles en sus tareas, peligros, persecuciones. — Jesús había sido todo esto. Ahora les quitará su presencia visible. El mismo Jesús les enviará el Consolador. —— No vemos al Señor. Le amamos. Pero 2 Cor. 5:7. Para los incrédulos es insensatez. La Iglesia les parece un barco sin timonel. El creyente les parece un huérfano. Cf. Juan 14:18. A veces quizá pensamos lo mismo. Pero tenemos un Consolador — Ayuda — Abogado. No lo vemos. Es Espíritu. Revela su existencia por su actividad Obra en los creyentes. Cf. Heroísmo de los creyentes primitivos. (Misioneros). El Espíritu Santo obra por medio de los medios de gracia, Evangelio, Sacramentos. Quien no siente la obra del Espíritu Santo, no usa los medios de gracia. Cf. Juan 6:63; 3:5; 1 Cor. 12:13. —— Verdad importante. ¿Cuál es la causa de la debilidad — cobardía — espíritu mundano — cansancio — falta de fidelidad entre nosotros? Apartamos al Espíritu Santo — Consolador — Abogado — Ayuda.

— II —

V 8 — 11. "Convencerá" (juzgará) al mundo, — del pecado de la incredulidad. El Espíritu Santo obra en la Pala-

bra, acepte la gente a Cristo o no lo acepte. Quien no lo acepta, llevará un aguijón en su corazón. — La incredulidad el pecado principal. —— De la justicia. Claramente da testimonio de que Jesús adquirió la justicia mediante su sacrificio cruento. Es un testimonio irrefutable. —— Del Juicio. Los incrédulos serán juzgados. ¿Acaso Satanás no ha sido juzgado ya? Los siervos del Maligno serán desechados con él. —— Los discípulos predicarán la Palabra. Pero es el Espíritu Santo que da el poder a la Palabra. Muchos creerán en Jesús. Saulo. Gentiles, — todavía. N. Guinea.

— III —

V 13. Cf. 2:20. El Espíritu Santo los hará los doctores infalibles de la cristiandad. Los apóstoles — ahora llenos de temor (no el Papa de Roma). Importante. Palabra de los apóstoles — Palabra del Espíritu Santo. Palabra divina — infalible — firme — segura. Extenderse (inspiración) cf. textos pertinentes.

— IV —

V. 14. El Espíritu Santo no suplantará a Jesús. Lo glorifica. V. 14 b. 15. Palabra de Jesús. El Espíritu Santo da a conocer al Redentor del mundo. Lo glorifica. Jesús la única esperanza. El Espíritu Santo nos guía hacia Jesús. Su obra es importantísima. Recibámosla mediante el Evangelio y los Sacramentos.

Intr.: — Tiempo de espera entre resurrección y Pentecostés. Nosotros esperamos ahora la segunda venida de Jesús y nuestra entrada en la patria celestial. — Discípulos esperaban algo muy grande. Jesús les había prometido el envío del Espíritu Santo. El texto nos prepara para el Pentecostés. Jesús nos dice por qué él enviará al Espíritu Santo.

CTM 1935 *A. T. K.*

ROGATE

Juan 16:23-30

El Resucitado nos alienta a orar.

I. Debemos presentar todos nuestros cuidados al Padre celestial por medio de la oración;

II. Debemos orar en una manera que agrade al Padre celestial.

— I —

Solamente creyentes pueden orar, V. 23. 27. Incrédulos Mat. 6:7; Is. 1:15 16. —— Creyentes I. V. 23. 24. Dios su Padre. Quieren conversar con él — presentarle sus cuidados — pedir su ayuda — agradecer su bendición. Jesús nuestro ejemplo. Juan 17; Mar. 1:35; 6:46; Juan 11:41; etc. — Cuando Saulo se convirtió, Hech. 9:11. Cf. Gén. 18:22 sig.; Sal. 50:15; 51; 2 Crón. 6:13; Mat. 26:41; Luc. 11:1-13; Sal. 106:1, etc. etc. No se puede imaginar a un cristiano que no ora. — ¡Cuidémonos de la carne! No quiere orar. Necesitamos aliento. Jesús lo da. —— ¿Oras tú? ¿Mañana — noche — antes y después de comer — en las devociones diarias — en el culto — en tu camarín? —— ¿Cómo oras?

— II —

No oremos con los labios solamente. Con el corazón. Conscientemente, V. 23, Jer. 29:13 14; Mat. 15:7. 8. No solamente debemos juntar las manos; no solamente repetir algunas palabras por rutina, Mat. 6:7. Esto sucede si el corazón no sabe lo que dice la boca. —— En nombre de Jesús, V. 23. 24. 26. En el día de la victoria de Jesús, V. 23 26 22. 28. (Los que invocan a la virgen, no pueden dirigirse al Padre en el nombre de Jesús. Idolatría abominable.) — Debemos pedir en el nombre de Jesús las cosas que él reclama para nosotros — amor del Padre — gracia — perdón. Nunca debemos mencionar una supuesta dignidad nuestra. En Cristo somos agradables a Dios, V. 26-28. 30. — Jesús 1 Juan 2:1. Orando así se cumple la voluntad del Padre. Quien confía en la gracia divina, encomienda el momento y la forma de oír en las manos de Dios. — V. 23 confianza. V. 25. Dios oye las oraciones de los suyos. Luc. 11:5-13; Sal. 50:15; Luc. 7:3 10; 23:42. 43. Dios oye a la fe, Sant. 1:5-7; 1 Juan 5:10; Luc. 17:5. 6. —— Oremos — de corazón — en el nombre de Jesús — en confianza firme.

Intr.: — Rogate — orad. Oración privilegio de los hijos de Dios. Dios da promesas preciosas. Nosotros muchas veces negligentes — tímidos. Necesitamos aliento.

CTM 1935 Material. *A. T. K.*

I. DESPUES DE TRINIDAD

Luc. 16:19-31.

¿Infierno o vida eterna?

I. Todos merecemos el castigo del infierno:

II. Arrepintiéndonos de corazón, alcanzaremos la vida.

— I —

V 24. El condenado clama: ¡piedad! Pide alivio. Sufre sed, calor, angustia. Abraham, V. 25. Confirma. V. 26 anuncia separación definitiva de la morada de los bienaventurados. —— Estado del alma: enemistad contra Dios. Su clamor dictado por el egoísmo y el terror. Aun revela la manía de saber mejor que Abraham lo que es necesario para alcanzar la salvación, V. 30. Esto es oposición al Evangelio de la Cruz de Cristo. —— Separación eterna de Dios — blasfemias contra el plan de la salvación — angustia interminable — enemistad contra Dios — es la suerte del condenado. Is. 66:24; Mar. 9:43. 44 46. 48; Juan 3:36; 2 Tes. 1:9; Mar. 3:29; Mat. 8:12; Apoc. 21:8. En el infierno no hay ateos. Experimentan la justicia divina. —— Condenación eterna, V. 26; Dan. 12:2; Mat. 25: 46; Mar. 9:43. 44. Del infierno no se salva ningún condenado. —— La vida eterna: descanso — paz — consuelo — gozo de la bienaventuranza. Cf. Luc. 23:43; Apoc. 14:13; 21:3; Sal. 16:11. — Todos merecemos la condenación. El hombre rico, V. 19-22. — Incredulidad, Mat. 25:41-45; 7:13; desecha al Salvador, Juan 3:36; Mar. 16:16. Incrédulos — condenados. Pecados de comisión y de omisión intencionales son frutos y testigos de la incredulidad. No olvidemos: mundanalidad — indiferencia. —— Todos merecemos la condenación. Ef. 2:3. Pecados — pensamientos — palabras — obras, Mat. 15:19; Col. 3:6. 7; Gál. 5:19-21; 1 Cor. 6:9 10; Sal. 14:3. —— Hebr. 10:31; Luc. 12:45-48.

— II —

El hombre condenado inventa una ayuda contra el infierno y un camino a la bienaventuranza, V. 27-30. Esto suscita la ira divina — legalismo — espiritismo — ataques contra la

justicia divina — negación del pecado — negación de la eternidad — la pretención de que la posesión de bienes es pecado en sí — la pobreza un mérito en sí, etc. —— El condenado finalmente debe admitir, V 30. Solamente por el arrepentimiento el pecador puede salvarse. — V. 29. 30. 31. La Ley angustia al corazón. El Evangelio nos guía hacia el Salvador. Is. 8:20; 34:15. 16; Juan 5:39; Luc. 24:27; Juan 3:5. 14-18. Oír a Moisés y a los Profetas — aceptar la Ley y creer el Evangelio. De la Ley conocemos el pecado, del Evangelio la Persona, el oficio, la obra del Redentor — justicia delante de Dios, adquirida por Jesús. Contrición — fe, pesar por los pecados — confianza en la redención de Cristo. Esto es el arrepentimiento. — Ahora es el tiempo de la gracia. Arrepintámonos. Esto es el camino al cielo. No hay otro.

Intr.: — Contrastes: riqueza — pobreza; salud — enfermedad; camino ancho — camino angosto; condenación — salvación; infierno — cielo. La condición del alma decide la suerte eterna. Mar. 16:16. Juan 3:16. — Quien niega o atenúa la doctrina del infierno, es impío; el que niega, atenúa o calla el único camino al cielo, es doblemente impío. — El hombre natural, 1 Cor. 2:14. La gracia de Dios salva al pecador. — Mediante el Espíritu Santo os propongo la pregunta: Tema.

Material CTM 1935. *A. T. K.*

II. DESPUES DE TRINIDAD

Luc. 14:16-24.

Dios quiere que todos los pecadores se salven.

I. La salvación fué adquirida para todos;
II. Dios convida a todos a que acepten la salvación.

— I —

El alma humana siente hambre y sed. Vanamente trata de satisfacer sus deseos con las alegrías — honras — bienes de este siglo. Cada copa de alegría tiene su hez. Bienes temporales no pueden satisfacer los anhelos del alma. Agua salada no

apaga la sed. Honras mundanas se marchitan como una flor cortada.. ——— Dios ha hecho lo que el hombre jamás pudo hacer. V 16. Cena — redención ofrecida por medio de la satisfacción vicaria de Cristo — ofrecida en el Evangelio — es el alimento para el alma. Dios aparejó la cena por medio de Cristo. La salvación es don de la gracia divina. Ef. 2:8-10. Éramos desamparados — hambrientos — sujetos a la perdición. Dios en Cristo nos adquirió perdón — paz — gozo — justicia. Todo lo que necesite el alma cargada de pecados, se nos sirve en esta Cena a la cual Dios nos invita. Cristo es el Pan de la Vida. Él se nos presenta en su Evangelio con todo lo que es y con todo lo que ha adquirido. Juan 6:35 55 58. Cf. Lutero X, 1220. 1221.

— II —

Por naturaleza los hombres no saben nada de esta Cena. No sienten ganas de sentarse a la mesa preparada por Dios. Dios debe invitarlos. ——— V 17. En Cristo la Cena está preparada. Ahora envía a sus siervos con la invitación, V 17 b. — "Todo aparejado." Adquirida la salvación. No falta nada. La gracia divina (disposición paternal de Dios para con los pecadores) preparada para recibir a todos por causa de Cristo. Cristo está dispuesto a limpiar a todos de sus pecados. El Espíritu Santo quiere hacer su morada en los corazones. La invitación general, Mat. 11:28; Juan 7:37; Is. 55:1. Nadie excluído, Juan 6:37. — El amor divino es inagotable. Es serio su deseo de salvar, V 21 23. Debe llenarse su casa. Los siervos deben emplear todos los medios — dirigirse a todos con su invitación. Invitar pública y privadamente; visitar a los que no frecuentan los cultos; hablarles en la calle y donde quiera se los encuentre. Anunciar la Palabra "a tiempo y fuera de tiempo." Dios quiere que llamen, prevengan, inviten. Aunque los hombres se burlen de ellos, los siervos V 23 b. ——— Todos debemos esforzarnos a fin de que la mesa celestial se llene. Aplicación.

Intr.: — Parábola — Comparación de cosas espirituales y celestiales con cosas de la naturaleza y vida diaria. Mediante estas parábolas Jesús atraía la atención de sus oyentes. Muchos habrán aprendido sabiduría de la Vida. — Evangelio. — Resumen. Mediante el Espíritu Santo escuchemos el tema:

Cf. CTM 1935 *A. T. K.*

III. DESPUES DE TRINIDAD

Luc. 15:1-7.

Nuestra actitud para con los renegados.

I. Debemos sentir compasión sincera para con ellos;
II. Debemos buscarlos con amor;
III. Debemos recibirlos con gozo si vuelven a su Iglesia.

— I —

Renegado — apóstata — que niega por su comportamiento lo que antes confesaba. —— Oveja perdida — retrato del renegado. Pertenecía a la manada. Ahora perdida en el desierto, V 4 —— ¡Cuántos de éstos hay! Dejaron atrás su asociación anterior. Se han perdido en las tentaciones múltiples de la vida. Fijémonos en el registro de la congregación. (Confirmandos desde hace 20 años). A veces el trabajo del pastor parece vano, (aplicación — condición local.) —— Algunos de los renegados se han hecho viciosos; otros se burlan de la iglesia; otros son personas frívolas, indiferentes a todo; otros han aceptado algún error fundamental; otros son hombres rectos, pero incrédulos (sumamente amables para con el pastor). —— Tema. Muchos miembros (conociendo a los renegados por pecadores groseros) se llenan de aversión para con ellos. Otros los tratan con indiferencia. Así los fariseos, V. 1. 2. (Entre nosotros posiblemente muchos tienen la idea de que hay que tolerar semejante levadura en la congregación con tal que sigan pagando sus contribuciones.) —— Aprendamos de Jesús. Siente compasión. Su corazón comienza a sangrar al ver a un pecador incrédulo, especialmente un renegado como Judas. Sabe que el pobre no puede ayudarse a sí mismo. Sigamos a Jesús. (Aplicación. No significa tolerar a los renegados en la Iglesia indefinidamente como miembros. Cf. 1 Cor. 5:11-13). Siguiendo a Jesús, deploraremos sinceramente la perdición y sentiremos compasión con los renegados.

— II —

Entonces II. Fariseos y escribas no sentían amor. Hasta murmuraban, V. 2. Su actitud: ¡Que se pierdan! Es culpa de ellos. No nos importa. No merecen mejor suerte. —— Cris-

tianos hay que revelan la misma actitud. — ¡Que se vaya! Es incorregible. — No así Jesús. Busca al perdido hasta que lo halle. Es un alma inmortal, V. 2. 4. —— Así debemos hacer nosotros. No debemos borrar simplemente el nombre de la lista y olvidarlos. Primeramente debemos tratar de ganarlos con amor. Y no debe esperarse todo esto del pastor. Los miembros de la iglesia — sacerdocio real. Deben hacer todo lo posible para salvar al renegado.

— III —

Y III. — Fariseos V. 2. — Lo mismo sucede todavía. El pastor por la gracia divina gana a un renegado. (Posiblemente era un pecador grosero). Y hay miembros que no quieren recibirlo como miembro de la congregación. Quieren imponer condiciones — tiempo de prueba, etc. — Jesús, V. 5. Los ángeles V. 7. Pues hagamos V. 6. (Indicar cómo se puede hacer esto en una congregación). — Pidamos perdón por nuestras transgresiones de esta obligación cristiana. Aprenda cada uno su lección.

Intr.: — Muchos se pierden porque los cristianos no cumplen con su deber para con ellos. Esto se refiere a la actitud de los cristianos para con los incrédulos en general. Por lo general los cristianos son malos misioneros. Respecto a los renegados en especial. Muchos quizás volverían a la Iglesia, si los miembros se ocupasen en hacerlos volver.

Cf. CTM 1935. *A. T. K.*

IV. DESPUES DE TRINIDAD

Luc. 6:36-42.

"Sed vosotros misericordiosos".

I. Cómo debe mostrarse la misericordia;
II. Qué debe alentarnos a ser misericordiosos.

— I —

V. 36. "Misericordioso" — corazón sensible a las penas del prójimo (angustia, quebranto, aflicción, dolor, duelo, etc.) — compasión — interés. Esto se manifiesta en palabras y obras.

Jesús menciona varias cosas. V 38. Caridad. Creyentes deben dar. Los que tienen mucho, deben dar mucho; los que poco, poco. Todos deben dar. — Tiempos peligrosos. Muchos se han acostumbrado a recibir ayuda sin necesidad de ella. Temo que hubo cristianos que aceptaban toda clase de "ayuda" del Estado (vacaciones, etc.) sin necesidad. Otros hay que, en lugar de dar alegremente para el sostén de la Iglesia, solamente piensan cómo pueden sacar algo de su iglesia. V. 37. Misericordia — perdón. No guardar rencor por algún mal cometido. No insistir en su derecho. Perdonar y olvidar. Por eso no juzgar ni condenar — no juzgar intenciones — no imputar motivos pecaminosos. No tratar al prójimo como si no fuera ya cristiano. V. 41. 42. No olvidar Mat. 18:15; Gál. 6:1. 2; la misericordia busca el bien espiritual y corporal del prójimo. — Examínate.

— II —

Motivos, V. 36. Su voluntad. ¿Quién no quiere cumplir la voluntad de su Salvador? — Promesas preciosas, V. 37. 38. Pero falta de misericordia trae castigo divino. Nos medirá con la misma medida. — V. 39. No somos los maestros. V. 40. Juzgando y condenando despiadadamente, quedamos expuestos como hipócritas, V. 41 42. — ¿Está bien esto? No. El Padre en los cielos es misericordioso. Padre de los fieles. No los juzga ni condena. Tendría sobrado motivo para condenarlos. Los perdonó. Hasta el presente perdona diariamente. Aun promete un galardón por obras imperfectas de sus hijos. ¿No debemos seguir el ejemplo de nuestro Padre celestial? Él nos da poder para hacerlo. Él nos da la vida espiritual. En su poder podemos ser misericordiosos. Quien se niega, no puede ser hijo de Dios. V. 36.

Intr.: — Sermón de la montaña. — Ley. Ley para los cristianos. Deben saber cómo han de andar como hijos de Dios. V. 27-35 amor al prójimo. Nuestro evangelio continúa amonestándonos.

Cf. CTM 1935. *A. T. K.*

V. DESPUES DE TRINIDAD

Luc. 5:1-11.

Jesús reconoce el trabajo.

I. Jesús insta a trabajar;
II. Jesús bendice el trabajo;
III. Jesús se sirve del fruto del trabajo.

— I —

V 4. Mientras Jesús predicaba, todos descansaban de su trabajo. Escucharon la Palabra de Dios. Concluído el sermón, Jesús los insta a volver a su trabajo. —— Jesús santificó el trabajo. ¿Acaso él no había trabajado como carpintero? Mar. 6:3. —— El gran apóstol Pablo se ganaba el sostén mediante su trabajo, 1 Cor. 9:12.18; 1 Tes. 2:9. Pablo condenaba con dureza a los que no querían trabajar. 2 Tes. 3:10-12. — El trabajo no es humillante o degradante. 1 Tim. 4:4.5. Con respeto debemos hablar de aquellos que cumplen con los deberes de su vocación terrenal en temor de Dios y por amor al prójimo.

— II —

V.5. Pedro no esperaba mucho rendimiento del trabajo que Jesús le mandó hacer. Era de día y debía echar sus redes lejos de la orilla — en lo profundo. Eran condiciones desfavorables. Pero V.6.7. Jamás su trabajo había rendido tanto. Jesús había bendecido el trabajo. —— (Otro ejemplo de cómo Dios bendijo el trabajo: José en la casa de Potifar.) En Sal. 128:2 Dios promete su bendición. Gál. 6:7 b expresa la voluntad divina. Cf. Prov. 12:11. —— La experiencia lo confirma. El cristiano que fielmente desempeña las tareas que su oficio le impone, experimenta la bendición divina. Claro, por causa del pecado hay mucha pena y aflicción en la vida; mas esto no contradice lo dicho.

— III —

Jesús podría haberse parado sobre el agua, Mat. 14:25. Pero usó el barco de Pedro. Para la extensión de su reino, Jesús se sirve de lo que Pedro había ganado con su trabajo. —— Dios hasta emplea el mal para tornarlo en bien. Gén. 50:20. Aquí Jesús nos recuerda que él edifica su reino con los medios que le damos del fruto de nuestro trabajo. Según Luc. 8:1-3 Jesús y sus discípulos se sostenían en parte por las contribucio-

nes de mujeres piadosas que habían sido bendecidas con bienes temporales. —— Pablo obtenía parte de su sostén de los medios que los filipenses le enviaban, Fil. 4:14-18. — Los pastores deben ocuparse enteramente en la obra del Evangelio. La congregación debe dar a su pastor lo necesario para la vida. 1 Cor. 9:14. Lo corporal debe servir a lo espiritual. 1 Cor. 9:11. —— Para edificar su reino, Jesús podría crear montañas de oro. Podría sostener a sus pastores por puros milagros. Podría anunciar su Evangelio por ángeles que no necesitan comida y sostén. Mas no. Jesús quiere sostener su reino con el fruto del trabajo de sus fieles. Los fieles, considerando lo dicho, comprenderán que su trabajo es un deber sagrado. —— El creyente no debe ocuparse de tal manera en la adquisición de las cosas temporales que olvida las cosas celestiales. V. 11. Hay cosas más importantes que el trabajo diario. Lo importante es que uno sea miembro del reino de Dios. Ocupados en el trabajo diario, siempre debemos examinar nuestra fe. Preguntarnos si estamos en la comunión con Jesús. ¿Cumplimos nuestro deber por amor a Jesús y al prójimo?

Intr.: — V 10 b. Lo importante. — El Evangelio habla del trabajo. Tema muy discutido. Frailes y monjes: pretenden vivir en un estado más elevado, porque se ocupan en cosas espirituales, mientras el obrero en cosas temporales. — En la actualidad la cuestión obrera está sumamente agitada. Los cristianos deben instruirse por la Palabra de Dios.

Cf. CTM 1935. *A. T. K.*

VI. DESPUES DE TRINIDAD

Mat. 5:20-26.

No matarás.

El Señor explica: I. Cómo traspasamos este Mandamiento;
II. Cómo guardamos este Mandamiento.

— I —

La Ley de Moisés todavía está en pie. Jesús lo declara enfáticamente. —— El pueblo pensaba que fariseos y escribas cumplían la Ley en una forma tal que nadie podría exigir más. Pensaban además que nadie podría exigir del pueblo un cumplimiento tan perfecto como veían en los fariseos. Y he aquí, V 20. Los fariseos no podían engañar a Jesús. —— Explicando el V. Mandamiento, Jesús al mismo tiempo denuncia

la aplicación falsa de los fariseos, V 21. La Ley no es nada nuevo. Está escrita en el corazón. Queda en pie para siempre. —— Personas hay que piensan que pueden cambiarse los Mandamientos cuando las condiciones cambian. Otros: Solamente el asesino es culpable de haber traspasado el V. Mandamiento. Olvidan Rom. 7:14. Malos pensamientos, ira, odio, deseos de venganza. —— V. 22. Cf. Jer. 18:18; Pecado gravísimo. Sant. 1:20; 1 Juan 3:15; Cf. Sal. 37:8; Prov. 16:32. —— Malas palabras — imbécil — insensato, cf. Prov. 3:35 — dichas airadamente para dañar al prójimo, merecen castigo severo de parte de Dios. —— Jesús no tolera estos pecados de la lengua (¡y son tan comunes!). Examinémonos: familia — trabajo — parentela — política — congregación. — ¡Oh Dios, ten piedad de mí! — Pecados que excluyen del cielo. Ira en el corazón sumamente peligrosa. Uno está más inclinado a la ira y al odio que el otro. ¡Cuidado!

— II —

V 23. Caso especial. (Lev. 1:2). Trayendo sacrificio y pensando en algún pecado contra el prójimo — primeramente reconciliación, luego sacrificio. Sin reconciliación, uno en verdad se excluye del culto verdadero. Dios no quiere oraciones y sacrificios de aquellos que viven en ira y odio contra el prójimo. 1 Tim. 2:8; Is. 1:15. —— Algunos tratarán de excusar su alejamiento del culto y de la santa Cena con su enemistad con otro. (¿Acaso un pecado condona el otro?) ¡Quitemos el pecado! ¡Reconciliémonos! Hazlo presto. Hazlo tú. No esperes a que otros intervengan. —— ¿Qué me dices? ¿Hay enemistad en tu familia? — ¿Peleas — envidia? O ¿amor — paz — espíritu reconciliable? — No permitamos jamás disenciones en la congregación. Vivamos como hermanos. Con el espíritu de reconciliación la congregación puede adelantar. — Guiémonos con la Palabra de Jesús para nuestra propia felicidad temporal y eterna, y para evitar aflicciones y castigos temporales y eternos.

Intr.: — Desprecio de la vida del prójimo — accidentes —asesinatos. Diarios y Radio nos informan todos los días. — Desprecio del V. Mandamiento. Todavía hay quienes piensan haberlo cumplido al no haber quitado la vida de persona alguna. Heridas — aflicciones — angustias y dolores causados a otros no los consideran a la luz del V. Mandamiento. Muchos cristianos deben aprender el V. Mandamiento: Tema.

Cf. Material CTM 1935. *A. T. K.*

La "REVISTA TEOLÓGICA" aparece trimestralmente al precio de 25.— pesos argentinos o un dólar U.S.A. por año. Las suscripciones y los pagos serán recibidos en la Argentina por el administrador de la revista Rev. S. H. Beckmann, M. Combet 46, Villa Ballester, F. C. Mitre, en Estados Unidos por el Rev. Dr. H. A. Mayer, 210 North Broadway, St. Louis 2, Mo. U.S.A.

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01489 7021